

CRISTIANIDAD



14 RAZON DE ESTE NUMERO

El terrible azote de la guerra que estamos sufriendo, ha descargado, también, sus golpes sobre los muros seculares del Monasterio de Monte Casino, convirtiendo aquel lugar de oración y cultura en un conjunto desolador de ruinas. La destrucción de Monte Casino encierra la aleccionadora visión de un simbolismo: la civilización moderna levantándose contra los valores eternos para implantar el reinado del más despiadado materialismo. Por ello es altamente consoladora la divisa escogida por aquel Monasterio: el árbol cortado del cual renacen brotes plétóricos de vida.

«**Succisa virescit**». Monte Casino volverá a resurgir, con la ayuda de Dios, con el mismo vigor primitivo, para continuar irradiando luz de santidad y de civilización verdadera, por el mundo.

El lema que campea en el escudo de Monte Casino está ampliamente glosado en la **Editorial**.

Sección «**Plura ut unum**»: **Actualidad de San Francisco de Asís**, por el P. Fernando Fort, Comisario Provincial de la T. O. F. (págs. 2 y 3); **Santa Teresa de Jesús según el poema de Evaristo Silió y Gutiérrez**, por Marcial Solana (págs. 4, 5 y 6); **San Benito de Nursia y su siglo**, por Luis M. Figueras y Fontanals (págs. 7 y 8); **La Orden Benedictina y la renovación de la sociedad europea en los primeros siglos de la Edad Media**, por Mercedes V. Roig (págs. 9 y 10); **San Benito en Monte Casino**, por Dom Paulino Bellet, O. S. B. (págs. 11 y 12); **La Abadía de Monte Casino. Sus bellezas** (pág. 13); **Historia de Monte Casino** (págs. 14 y 15); **Dos años con los monjes de Monte Casino**, por Miguel Melendres, Pbro. (págs. 16, 17 y 18).

Sección «**Del Tesoro Perenne**», «**Nova et Vetera**»: **La Regla de San Benito**, por el Cardenal Hergenroether (pág. 18); **De la Regla de San Benito: Ideas sobre el Abad** (págs. 19 y 20).

Sección «**A guisa de tertulia**»: **Aclaraciones sobre el «Te Deum»**, por Fr. Nolasco de El Molar O. F. M. Cap. (págs. 21 y 22).

Sección «**A la luz del Vaticano**»: Comentario [Internacional. **La grave situación de Francia (IV)**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 23 y 24); **Interesante alocución del Excmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Barcelona. Nota bibliográfica** (pág. 24).

Como de costumbre, ilustran este número varios dibujos de Ignacio M.^a Serra Goday.



Sala y Badrinas

Tejidos de Lana

DESPACHO EN BARCELONA
Caspé, 33 B

FÁBRICA EN TARRASA
Prim, 59

APRESTOS
TINTES Y
ACABADOS

MANUFACTURA AUXILIAR, S. A.

TARRASA

● DESPACHO Y TINTES: San Sebastián, 127 - Teléfono 1103 ●
APRESTOS: Ntra. Sra. de los Angeles, 13 - Teléfono 2384

CRISTIANDAD

NÚMERO 14 - AÑO I

SUSCRIPCIÓN:

ANUAL 48'— Ptas.

TRIMESTRAL 12'— »

EJEMPLAR 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

15 Octubre de 1944

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CASPE, 60, 2.º, 1.º. TEL. 24870

B A R C E L O N A

“SUCCISA VIRESCIT”

La orden benedictina está de luto con la desaparición de su casa madre Monte Casino. No es solamente el amor filial a la mansión de San Benito — el máximo vidente de las órdenes religiosas que han recibido impulso y forma de la concepción monástica y religiosa del gran Patriarca —, es también el recuerdo de que Monte Casino ha sido en otras épocas de general ignorancia, y desorden, el centro principal de la cultura y el más firme puntal del romanismo. Eran los monjes, sobre todo en la Edad Media, los hombres de Roma; a ellos eran encomendadas las grandes misiones con las cuales aportaban el amor y santidad a las naciones, y decir monje es hacer memoria de Monte Casino, donde tomaron origen y donde recibían el calor sagrado de la fidelidad a la Sede Romana.

Cuando la guerra se acercó a sus muros catorce veces seculares, el mundo se estremeció de angustia por la suerte que podía sufrir la venerable mansión de la santidad y de la cultura cristianas; noticias posteriores nos dieron a conocer la triste realidad de las ruinas del que antes era magnífico monumento de las artes y de las letras, y todos los espíritus conscientes vieron en su destrucción aquella tergiversación de valores, que postergaba la consideración de todo orden moral y religioso; su desaparición aparecía con la dignidad del símbolo: la humanidad que destruía aquello que la hacía grande a los ojos de Dios y de los hombres, aquello por lo cual tienen razón de ser los estados y las naciones; la conservación y aumento de los valores de todo orden moral, religioso y espiritual.

No es la primera vez que el sagrado recinto de Monte Casino es pisoteado por la guerra. Ya San Benito había predicho su destrucción por los lombardos, poco después de su muerte, y lo fué después muchas otras veces. Otras tantas fué reedificado y ningún mal puede abatir la fuerza interior de este árbol gigantesco, que hunde sus raíces en el sagrado cuerpo del venerable Patriarca que lo fundó y le dió vida. Por eso Monte Casino ha escogido por divisa heráldica el «SUCCISA VIRESCIT». Las guerras y destrucciones pueden cortar sus frondosas ramas, pero de su tronco milenario renacen potentes nuevos brotes llenos de vida y esperanza de ubérrimos frutos. Monte Casino encontró después de su primera destrucción, a su segundo fundador en la magnífica figura de Petronax, y ahora la encontrará tal vez en la venerable figura del abad Gregorio Diamare, que a los ochenta años de edad ha tenido la desgracia de presenciar llorando la destrucción de su cenobio. No habrá sido muy distinto su lamento del de San Benito cuando la visión celestial le anunció la destrucción de la casa por él fundada con tantos trabajos. De estas lágrimas será en gran parte el mérito de la nueva reconstrucción. Si un sacrificio no es nunca inútil, tampoco lo ha de ser el de Monte Casino, y ya se han palpado los frutos. La salvación de Roma es debida, en gran parte, a la protesta unánime del mundo católico por la destrucción de una mansión de paz cristiana y de cultura artística y literaria como era Monte Casino, la conservación de la cual no hacía mal a nadie y sí mucho bien a todo el mundo. Estos dolorosos lamentos hicieron comprender que era necesario vencerse a sí mismo para no ofuscarse en la comprensión de la verdad, y que era inútil buscar la victoria en la destrucción de los valores eternos.

Estos valores nos procuran a todos el altísimo honor de pertenecer a la tradición occidental y cristiana, y también el gravísimo peso del deber de saberlos defender y hacernos dignos de nuestros padres en la fe y en la cultura. Si así fué, la destrucción de la pacífica morada de aquellos monjes que han hecho de su vida una ofrenda a la paz, podremos tener el consuelo de que habrá servido y ha de servir aún para la preservación de la más preciada joya de la civilización del mundo, la ciudad santa de Roma, allí donde Cristo es romano para consuelo y guía de los hombres en el camino de la vida, por su magisterio infalible.



ACTUALIDAD DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Después de siete siglos cabe todavía preguntarse si San Francisco tiene algo que decir a la humanidad de nuestros días.

En efecto, al invitar al mundo católico a celebrar el fausto acontecimiento del feliz tránsito de San Francisco, el Papa Pío XI, en su carta Encíclica «*Rite expiatis*», dirigida a todos los obispos del mundo, dice estas memorables palabras: «La solemne conmemoración del Séptimo centenario del feliz tránsito de San Francisco viene seguido de los frutos del Año Santo». Y continúa: «No obstante el largo tiempo transcurrido desde la muerte del Seráfico, enciéndese de nuevo la admiración no sólo de los católicos, más aún de los acatólicos. Parece poder afirmarse que no hubo jamás un hombre en quien brillase más viva y más perfecta la imagen de Jesucristo y la forma evangélica de vida que en San Francisco». Han transcurrido 700 años y son a centenares los Santos canonizados después de él por la Iglesia. A pesar de esto quiere el Papa «excitar de nuevo en el pueblo cristiano el espíritu franciscano», y espera que de la celebración del séptimo Centenario de la muerte de San Francisco florezca aquella vida cristiana que cuarenta y cuatro años antes suscitaba en el mundo el Papa León XIII con su Encíclica «*Auspicato*» con ocasión del VII Centenario del nacimiento del Santo.

No puede negarse que San Francisco es de actualidad.

¿Por qué? — A esta pregunta respondemos con las razones siguientes:

* * *

Una de las características de nuestro siglo es la Acción.

La fiebre de acción ha invadido a la mayoría de los hombres transformando su vida en torbellino. Acción precipitada, privada de la oración, que aleja al hombre de Dios y no le beneficia natural ni sobrenaturalmente.

San Francisco, el santo de la acción y de la oración, es el santo de la actualidad. Su primer biógrafo, Tomás de Celano, nos habla en la *Leyenda Segunda* del amor de San Francisco a la oración.

«El varón de Dios, Francisco, mientras vivió en cuerpo mortal, esforzabase por levantar su espíritu al cielo, vivía como conciudadano de los Angeles, de los cuales sólo la armadura corporal le separaba.

«Toda su alma estaba sedienta de Cristo; a El dedicaba no sólo el corazón, sino el cuerpo.

«Buscaba los parajes solitarios, donde unirse espiritual y casi corporalmente a Dios. Cuando improvisamente, estando con sus discípulos lejos de la celda, sentíase visitado por el Señor, formaba una con su manto, y si éste le faltaba cubriase el rostro con la manga de su hábito, con tal de no dejar al descubierto el secreto del maná escondido.

«Tenía sumo cuidado de interponer algo entre sí y los presentes a fin de que nadie se diese cuenta de su contacto con el Esposo. Oraba siempre, haciendo las más veces un templo de su pecho.

«En él respondía a Dios como a su juez, suplicábale como padre, conversaba con él como amigo, delectábase como con su Esposo; y al objeto de ofrecerle holocausto de toda fibra de su corazón, consideraba al que es esencialmente uno bajo múltiples aspectos. Las más veces no movía sus labios, sino que concentraba interiormente todos los sentidos exteriores, volando por así decirlo, su espíritu al cielo... No parecía un hombre que oraba, sino la verdadera oración hecha carne.»

Hemos querido trasladar aquí estos pasajes del primer biógrafo de San Francisco, para que resulte más vivo el contraste de su carácter. Al leer las composicio-

nes místicas, oraciones e himnos compuestos por él con ardor de santo y alma de poeta, tales como: La Paráfrasis del Padre Nuestro, el Saludo a las virtudes, los Laudes de Dios, el Saludo a la Santísima Virgen, el *Cántico de Frate Sole*, las oraciones «*Omnipotents*» y «*Absorbeat*». el Oficio de la Pasión del Señor, etc., etc., cualquiera pensará, ¿hombre de acción San Francisco? No, sino más bien un contemplativo o un ermitaño. No obstante San Francisco fué el Santo por excelencia de la acción. Los cuarenta y cuatro años de su vida llenos están de obras las más variadas y grandiosas: restauración de iglesias, cuidado de los enfermos, en particular de los leprosos, predicación de pueblo en pueblo, composición de discordias, pactos solemnes, fundación de tres órdenes religiosas, misiones entre infieles y otras más. Y alternando entre una y otra de estas obras, cada una de las cuales podría llenar una larga vida, dedicábase al trabajo material y exigía que sus frailes fuesen trabajadores. Ningún ocioso podía permanecer en su presencia. «Yo trabajaba — dice en su testamento — y quiero igualmente que mis frailes trabajen, no por la avaricia de recibir el precio de su trabajo, sino por el buen ejemplo y por desechar la ociosidad». Con ser espejo de toda perfección, trabajaba con sus propias manos porque tenía como una de las grandes virtudes el buen empleo del tiempo.

Sus frailes debían trabajar «en trabajo honesto» obligando a todos a poseer un oficio, «a fin de que seamos — decía — menos gravosos a los hombres», y el ocio no fuere para ellos causa de pecado. El precio del trabajo no quedaba al arbitrio del que trabajaba sino que debía depositarlo en manos del Guardián o de la Comunidad.

Era su ideal llegar a ser verdadero siervo de Cristo y para ello esforzabase — conforme le fué revelado — en pensar, hablar y obrar en todo santamente.

* * *

Es, además, nuestro siglo, el siglo de los grandes conflictos económicos, lo mismo entre clase y clase que entre pueblo y pueblo. Igual en la guerra que en la paz de la postguerra, el dios del oro es el señor del mundo.

El único ideal de las masas es la lucha por el dinero. No hay más justicia que la supremacía económica, por la que se destruyen impiamente los pueblos. Nunca como ahora ha sido necesario el llamamiento a la verdadera riqueza, a la riqueza suprema del espíritu.

Y San Francisco, el Santo de la pobreza, presentábase como remedio de tanto mal.

«Cosa ardua nos parece — ha dicho Pío XI — describir con palabras el amor que abrasaba a Francisco por la pobreza evangélica a la que llamaba con reverente cariño, Señora, madre y esposa.»

No se ha visto jamás renuncia más entera, no sólo a lo útil y lícito, más aún a lo necesario, por amor a Jesús pobre.

El episodio impresionante de la desnudez de Francisco ante el obispo de Asís, entregando a su padre los vestidos que llevaba, es sólo el inicio de los místicos desposorios con *Madona Povertà*, desposorios realizados y vividos con la fidelidad más amorosamente constante, hasta el último suspiro.

Mérito es de San Francisco haber hecho de la pobreza un apostolado público y popular; predicando que el ideal de la pobreza debiera — en lo posible — ser de todos practicado, y ofreciendo al mundo un preclaro ejemplo de la pobreza intensamente vivida y amada en grado sumo.

Un testimonio nos brinda la respuesta dada al obispo de Asís al pretender éste asegurar la existencia de la

Orden de Frailes Menores sobre la propiedad inmobiliaria: «Señor — contestóle el Santo —, si tuviésemos bienes deberíamos igualmente poseer armas para defenderlos. Toda propiedad es fuente de disputas y conflictos entre vecinos, lo cual perjudica no poco al amor de Dios y de los hombres. A fin, pues, de conservar en nosotros puro e intacto ese amor, hemos resueltamente decidido no conservar nada en este mundo». Y en la Regla manda a sus frailes que no posean «casa ni lugar ni otra cosa alguna en este mundo, más como peregrinos y advenedizos vayan por este mundo pidiendo limosna con confianza».

El desasimiento — cuando menos espiritual — de los bienes terrenos, la renuncia al lujo, la vuelta a la vida evangélica y penitente, la práctica de la justicia y la caridad, sobre todo hacia los pobres, los débiles, los enfermos y desgraciados de todo género, son flores que a millones brotaron al paso del apostolado público de pobreza de San Francisco y son hoy todavía el único — instrumento de paz entre individuos y naciones.

Y esa atmósfera de admiración por San Francisco, que representa a los mundanos una especie de nostalgia superficial de las riquezas del espíritu, menester será que en los buenos se resuelva con un sentimiento de verdadera piedad, en una revisión de la propia vida egoísta e inmortalizada, capaz de transformarla, como Francisco, en una vida según el Evangelio dice: «No podría servir a Dios y a las riquezas (San Mateo VI); ¡qué difícil es que los ricos entren en el reino de los cielos! (Marcos X); — ¡hay de vosotros, ricos, que recibisteis vuestra consolación! (Lucas VI).

* * *

La humildad de San Francisco y su caridad demostrada en todos los órdenes sociales, ya sea personalmente o a través de los grandes apóstoles formados en el seno de la gran familia franciscana, constituyen la nota de la palpitante actualidad contra el orgullo y el egoísmo, notas características de nuestro siglo.

En el campo de la Iglesia la personalidad del Santo de Asís, es de una actualidad que reverdece día a día sobre todo en la liturgia y en la Acción Católica.

La fiesta de Cristo Rey instituída por el Papa Pío XI a requerimiento de un inmenso coro de súplicas de las cinco partes del globo, es argumento de la clara intuición que de la Realeza de Cristo tuvo San Francisco, tal como hoy la comprendemos y nos la describe el Papa en su Encíclica «Quas Primas».

Caballero de Cristo, el Pobrecillo, armado con el arma única de su amor apasionado por el Rey divino, fué toda su vida seguidor de Jesús y conquistador de almas para su reino.

Al llamarse, Francisco, Heraldo del Gran Rey fué verdadero Profeta, mereciendo de todos los católicos un sentido reconocimiento. Así lo reconoce el Papa en su Encíclica «Rite expiatis»: «Francisco que se llamara a sí mismo Heraldo del Gran Rey, fué justamente saludado como otro Cristo, por haberse presentado a los contemporáneos y a los siglos futuros, como Cristo revivido; así vive hoy a los ojos de todos los hombres y continuará viviendo en las generaciones futuras».

* * *

Finalmente, otro aspecto particular de la actualidad de San Francisco nos lo ofrece la Iglesia al designarlo el Papa Benedicto XV, confirmado después por Pío XI, como Patrón de toda la Acción Católica, o sea de la «Unión de las fuerzas católicas organizadas, según las ordenaciones pontificias, para la afirmación y defensa de los principios católicos en la vida individual, familiar y social».

En efecto, San Francisco es el Santo de una acción particular: la acción católica social. Con anuencia de la Iglesia, y a diferencia de los herejes de su tiempo, fundó el apostolado laico predicando en público, y fundando más tarde, al lado de la Primera Orden de los Frailes Menores y de la Segunda de las Damas Pobres, o Clarisas, aquella admirable Orden Tercera que difundió la vida profundamente religiosa en todas las clases sociales, en todos los estados y en todas las edades.

No podía la Iglesia confiar mejor el apostolado religioso-social laico, que los tiempos modernos exigen, que al hombre que tal apostolado iniciara, y que tanto amor, obediencia y perseverancia, supo inculcar en las masas a la Jerarquía y a la Iglesia.

Acción Católica que a todas partes debe llevar la palabra de justicia en la verdad, tiene en el Pobrecillo de Asís, que defendía al pueblo sin adularle, un modelo precioso que imitar. Contra la nefasta corriente del mundo, es Francisco el Santo revolucionario en la mansedumbre y la caridad. Seguido por nobles y mendicantes es el santo de la paz, del amor y de la fraternidad cristiana.

El ejemplo del restaurador cristiano de la Edad Media, ha de servir indudablemente para excitar en el ánimo de los militantes de la Acción Católica, restauradores de la Sociedad de Cristo, la práctica y la adopción de aquellos grandes medios de acción que fueron las únicas armas del Santo:

Ardiente oración.
Seráfica Caridad.
Heroico sacrificio.

P. FERNANDO FORT
Comisario Provincial de la T.O.F.



Santa Teresa de Jesús según el poema de Evaristo Silió y Gutiérrez

Con motivo de celebrarse hoy la fiesta de Santa Teresa de Jesús, CRISTIANDAD se honra con la publicación del presente artículo original del eminente escritor don Marcial Solana, autor de notables estudios —entre ellos la magnífica "Historia de la Filosofía Española"— que le han hecho merecedor de un indiscutible prestigio.

En 1867 se editó en la imprenta de la compañía de impresores y librerías de Madrid, a cargo de D. A. Avrial, un folleto de cien páginas en octavo, que tenía por título *Santa Teresa de Jesús. Poema por don Evaristo Silió y Gutiérrez* (1); era el primero de los tres tomitos de versos que Silió dió a pública luz (2).

Evaristo Silió y Gutiérrez, autor del poema, era a la sazón un joven nacido el 2 de octubre de 1841 en el pueblo de Santa Cruz, del valle de Iguña, que recibida la primera enseñanza en la Montaña, su tierra natal, pasó primero a Valladolid y después a Madrid y escribió versos y algunas piezas teatrales, colaboró en distintos periódicos, aprendió hasta cuatro idiomas extranjeros...; y por último murió el 7 de abril de 1874 en el mismo pueblo en que nació.

Como poeta, Silió ha sido estudiado nada menos que por el gran don Marcelino Menéndez y Pelayo (3), quien le incluye entre los vates de la escuela septentrional española (Cantabria, Asturias, Galicia y tierras de León); y le juzga: «lírico de egregias disposiciones de profundo sentir y noble pensamiento, elegante y atildado al par que sencillo en la forma, en el lenguaje castizo, con raras excepciones, correcto y fluido en la versificación. A veces le falta nervio y robustez en el decir, suele adolecer de monotonía en las ideas y aun en las frases; su caudal poético no era muy rico. Pero así y todo ha dejado bastantes composiciones verdaderamente inspiradas que le alzan no poco sobre el nivel de los líricos de segundo orden» (4).

* * *

Santa Teresa de Jesús como asunto para un poema ofrece muy grandes dificultades: primero porque como, por fuerza, cuanto se versifique sobre la Seráfica Doctora se ha de comparar con lo que ésta escribió acerca de su vida, y las páginas de la Doctora abulense son tan soberanamente hermosas y elevadas, es natural que los versos queden siempre muy por bajo; y después porque sobre Santa Teresa de Jesús han compuesto poesías ingenios excelsos de la época mejor de las letras castellanas: Cervantes, Lope de Vega, Argensola, doña Cristobalina Fernández de Alarcón, Fray Bartolomé de Segura...

(1) Este folleto es hoy bastante raro. Yo poseo un ejemplar de él.

(2) Los otros son los intitulados *Desde el Valle* (Poemas de Evaristo Silió y Gutiérrez). Madrid. Imprenta de Manuel Galiano... 1868 (77 pags. en 12º) y *El esclavo, leyenda en verso, original de D. E. Silió y Gutiérrez*. Madrid. Imprenta de Tomás Fortanet... 1868 (62 pags. en 8º). También poseo un ejemplar de este último folleto, ejemplar dedicado por Silió a D. Federico Balart. Estos tres folletos de poesías fueron reimpresos por la Librería de Fernando Fe, de Madrid, en 1898, en un volumen de 183 páginas en 8º que lleva como prólogo el estudio de Menéndez y Pelayo sobre Silió. Además de estas poesías, Silió publicó una novela, *El amor y la patria*; una lo a la libertad; una zarzuela, *El barco de la Montaña*, y tres dramas que no sé si se han impreso: *Elena*, *Las apariciones* y *La tradición de la aldea*.

(3) Este estudio apareció, primeramente, en 1877, en la *Revista cántabra asturiana*. Como dije en la nota anterior, en 1898, se imprimió este estudio como prólogo a la edición de *Poesías de Silió*, que ya queda mencionada. Recientemente ha sido incluido este estudio en el tomo VI de los *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*. (Santander, 1942) pags. 243-267.

(4) *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*. Tomo VI (Santander 1942) pág. 267.

ra...; y, ¿quién será el poeta que se atreva a escribir sobre asuntos ya tratados por Cervantes, Lope... sin temor a quedar empujado y humillado?

El poema de Silió, escrito con gran diversidad de metros, consta de dedicatoria, introducción, cuatro partes, divididas en diez y nueve cantos, y epílogo-invocación. Al final lleva dieciocho notas con textos de la Santa y de sus biógrafos, los padres Ribero y Yepes, que sirvieron de base a Silió para componer el poema. La dedicatoria, escrita en versos alejandrinos, es

«A ti.

Enamorado espíritu, vivífica lumbra,
Que ante mi anhelo apartas las sombras del dolor,
Que a la región sublime, de la verdad impera,
Mis sueños terrenales de inmenso y puro amor.»

La introducción, también en versos alejandrinos, expone al final el intento del poeta:

Oíd; voy a cantaros la peregrina historia
De una mujer, de un ángel que en esta vida fué:
Tal vez mi fe vislumbra un rayo de su gloria,
Tal vez vuestra alma alumbró un rayo de mi fe.»

La primera parte, que contiene cuatro cantos y se titula: La inocencia y la fe, versa: sobre el nacimiento y los primeros años de Santa Teresa de Jesús,

«Venida al mundo para dar al hombre
Del verdadero amor sublime idea»;

sobre la tentativa de la Virgen abulense y de su hermano Rodrigo de irse, para morir por amor de Dios, a tierra de moros para que allí los descabezasen y ser así mártires de la fe, según lo cuenta la Santa en el cap. I de su *Vida*; y sobre el tierno episodio que, en el mismo cap. I de su *Vida*, refiere la Doctora Castellana: que cuando, a eso de los doce años de edad, quedó sin madre y comprendiera cuanto había perdido se fué a los pies de una imagen de la Santísima Virgen y, con muchas lágrimas, le suplicó que fuera su madre. Estos últimos versos son bellísimos, tal vez, lo más hermoso de todo el poema:

«... — En este instante
Por siempre enmudeció (5), y allá distante
Su último acento un eco repetía,
En tanto que Teresa, delirante,
La estrechaba clamando: ¡Madre mía!
¡Madre mía! ¿qué voz consoladora
Podrá mi pena mitigar ahora?
Mas súbito apagó su clamor blando,
La imagen dolorida contemplando
De la que es madre del mortal que llora.
Postróse, mitigada su amargura,
Ante la efigie virginal de hinojos
La niña sin ventura,
Y dijo, alzando los tranquilos ojos
Que tantas veces elevó a la altura:

párrafo ant. 18; el que sig. 15

(5) Se refiere a la madre de Santa Teresa de Jesús, doña Beatriz Dávila y Ahumada.

Tú que nuestro duelo
Con amor consuelas,
Mira los pesares
Que lamento yo ;

Tú que desde el cielo,
Por el triste velas,
¡No me desampares,
Madre mía, no!

Ya que es mi destino
Que las penas mías
Llore en mis azares
Solitaria yo.

Tú que en el camino
De la fe me guías,
¡No me desampares,
Madre mía, no!

¿Qué pecho afligido,
Qué humana agonía
Paz sobre las aras
De tu altar no halló?

¡No, no has desoído
La plegaria mía!
¡No me desampares,
Madre mía, no!

Dijo ; mil veces con creciente anhelo,
Besó la efigie virginal, en calma
Sintió trocarse su profundo duelo,
¡Y en éxtasis de amor suspensa el alma,
Alzó gozosa la mirada al cielo!»

Las partes segunda y tercera, cantos V al XV, presentan a Santa Teresa luchando contra las pasiones: la vanidad, la ira y la tibieza. De estas dos partes me gusta sobremanera el canto XV, en el que Silió da forma poética a lo que, según refiere el cap. IX de la *Vida*, sintió la Santa ante la imagen de Cristo muy llagado ; y pesarosa de haber agradecido mal aquellas llagas y con el corazón partido de dolor, la Reformadora carmelitana se arrojó a los pies del Señor anegada en lágrimas de purísima caridad y venció para siempre a la tibieza :

«Mirando, pues, Teresa cual nunca fervorosa,
Los fúlgidos reflejos de la divina luz,
De perfección más alta, de fe más viva ansiosa,
Así clamó, abrazando la redentora cruz :

¡Señor, bendito seas! que abrazase eternamente
Mi seno por ti, sólo la llama del amor!
Como el sediente ciervo las aguas de la fuente,
Desea el alma mía tu celestial favor!

Que un rayo de tu gloria mi obscura senda alumbre,
Y en ella ya mi planta no detendré jamás,
¡Y avanzaré gozosa subiendo hasta la cumbre
Donde mejor te vea, donde te adore más!

Así Teresa dijo, y enmudeció arrobada
La imagen contemplando de su divino amor...
¡Quién sabe lo que entonces le dijo en su mirada
Resplandeciente y pura su angelical fervor!

Ante la viva llama de su amoroso anhelo
Que más ferviente ardía cuanto adoraba más,
La pávida Tibieza tendió espantada el vuelo,
Y en torno de su espíritu no revoló jamás.»

La cuarta parte, cantos XVI al XIX, muestra a Santa Teresa recorriendo el mundo, en medio de dificultades grandísimas, para fundar conventos de penitente vida en los que fuera amado Dios. Para vencer tan grandes obstáculos como se oponían a su santo anhelo, La Reformadora de la Orden carmelitana se dirige a Dios y



«¡Señor, clamaba Teresa
Con doloridos acentos,
Ve que no hay quien nos ampare
Contra el enemigo fiero
Que nos persigue mirando
Que defensor no tenemos!
Y una voz de arriba dijo:
No temas ; yo te defiendo,
El que no desoye nunca
De los tristes el lamento,
Desamparar no podía
A Teresa en tanto duelo.
El la protegió de modo
Que otra vez su dulce intento
Abrió a la virtud las puertas
¡Del santo albergue desierto!»

Por último, en el canto XIX, Silió ve de este modo los últimos instantes de la gran Santa española :

«Pasó el tiempo ; al fin Teresa
La aurora del postrer día
Vió brillar,
En que, de la vida presa,
Lejos de su Bien debía
Suspirar.

Cada instante más cercana
Mirando la llama pura
Del amor,
Nunca la cárcel mundana,
Creyó tan triste y obscura
Su alma ardor.

¡Ven, clamaba, dulce muerte,
Pero ven tan escondida
De mi ser,
Que no te vea ; que al verte,
Temo recobrar la vida,
De placer!

Entre tanto, un dulce coro
De enamoradas esposas
Del Señor,
Vertía a sus pies el lloro,
Las lágrimas fervorosas
Del Amor.

Y ella, que ya las dulzuras
Percibía en esperanza
Del Eden,
¡Amd, suspiró, almas puras,
Que sólo amando se alcanza
Digno bien!

¡Amad, y al fin, del divino
Amor la primer vislumbre
Viendo ya,
Benediciréis el camino
Que os ha acercado a la cumbre
Donde está!

Dijo, y al seno oprimía
Un trasunto que su encanto
Siempre fué,
Un cricifijo que había
Mil veces bañado el llanto
De su fe.

A la vista se inflamaba
Del simulacro, su anhelo,
Su fevor,
Y, entre suspiros, le hablaba,
¡Con el lenguaje del cielo,
De su amor!

Contemplábala María
— Con quien la unió en lazo fuerte
La amistad —
¡Y apartarla pretendía
De los lazos de la muerte
Su ansiedad!

Maé entonces de la estancia
Divina luciente coro
Voló allí,
Y entre nubes de fragancia
Batiendo sus alas de oro,
Dijo así:

¡María, dulce María,
Cuya virtud altos seres
Cantan ya,
Teresa está en la agonía;
Mas si tú que viva quieres,
Vivirá!

No, no, que expire, anhelante
Clamó al punto, aunque sin calma
¡Viva yo!
— Y Teresa en este instante
Lanzó un suspiro del alma
Y expiró.

Su vuelo alzando del mundo,
El trono de su alto Esposo
Llegó a ver;
Y en tanto, dulce y profundo
Era el nocturno reposo
Por doquier.

El epilogo, robusto y bien entonado, sintetiza así la gloria que aun en este mundo corresponde a la gran Santa española:

Tres siglos han marcado sobre el estéril suelo
De la mansión del hombre su paso destructor,
Desde que alzó Teresa de su recinto el vuelo
A donde eterna brilla la gloria del Señor.

Y aún la mente humana, cuando a las sombras mira
Que en lo pasado ocultan la huella del mortal,
Se inflama el vivo rayo, que fe y amor inspira,
Con que alumbró Teresa la cárcel mundanal!

Y aún, para que nunca sus resplandores mueran
En la memoria frágil del mundo que los ve,
El Arte la sublima, los sabios la veneran,
Y en el altar la adoran los hijos de la fe.

Recuerdo bendecido de la divina gloria
Que resplandor eterno del Gólgota será,
Cual hoy, siempre ¡oh Teresa! del mundo en la memoria
Con el de Dios unido tu nombre vivirá.

¿Qué juicio merece el poema de Silió? Me parece que es definitivo e inapelable el que dió Menéndez y Pelayo concretando así los aciertos y los defectos del poema: «La narración está hecha con delicadeza y sobriedad notables, el lenguaje es poético sin asomo de afectación ni amaneramiento, y la versificación se desliza fluida y fácil como brotando de un manantial puro y abundante. Y, sin embargo, el poema no satisface a quien conoce los libros de Santa Teresa, ni nos parece digno de su gloria, porque Silió no era bastante místico para identificarse con el misticismo de su heroína, ni bastante filósofo para comprenderle y no sé si bastante poeta para encontrar palabras con que expresarle. Adolece, además, el poema de *Santa Teresa*, aunque nacido de pura creencia y escrito con ortodoxia sana, del defecto común a casi todos los cantos religiosos de nuestra época, en que si sobra el arte, falta unción y fervor, mal grado, en ocasiones, de los poetas mismos... Por eso en el poema de Silió, aunque menos que en otros, desagrada a veces cierto tono de poesía profana, cierta profusión de mundanos arreos, que contrastan con el fondo ascético del asunto. Aparte de este defecto muy disculpable, abunda la *Santa Teresa* de Silió, en perfecciones literarias dignas de alabanza y estudio» (6).

En suma y aunque, como obra humana, el poema *Santa Teresa de Jesús* de Silió tenga máculas y defectos, bien puede afirmarse con el censor eclesiástico de la obra, doctor don Felipe Velázquez y Arroyo, que el trabajo del poeta montañés es «bellísimo literariamente considerado; y... nada contiene que se oponga al dogma católico, sana moral y hechos que han transmitido hasta nosotros los escritores diversos, muy respetables y autorizados, que se han ocupado de la vida de esta Santa» (Santa Teresa) (7). Es dignísimo, por tanto, el poema de Silió de que los españoles y sobre todo los montañeses le leamos y saboreemos más y más.

MARCIAL SOLANA

(6) *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*. Tomo VI, página 261. Ed. cit.

(7) Esta censura, firmada en Madrid del 12 de enero de 1868 y que sirvió de base a la licencia eclesiástica, dada por el señor doctor don José de Lorenzo y Aragonés, Vicario y Juez eclesiástico de Madrid y su partido, para la impresión del poema, va a la cabeza, en la pág. 3, de la primera edición del poema de Silió.



San Benito de Nursia y su siglo

I. Germania e Italia

En el año 79 de C, último de Vespasiano, escribía Tácito su Germania fijos los ojos en el mapa de Agripa. Pintado al fresco, sobre los muros del Pórtico de Vipsania, aparecía en él, esbozado de una manera convencional — de acuerdo con la escala de Ptolomeo — el mundo grande y vago de los Germanos. Una línea de vivo colorido discurría fronteriza bordeando los «agri decumates».

Pasaron cuatro siglos, y si un romano del vi, caminando a lo largo del Tíber, fijara ahora su mirada en el mismo Pórtico, vería entre sus viejos muros, descoloridas, aquellas líneas que bajo Druso y Germánico señalaron las fronteras del Imperio. Es más, para nuestro romano estas líneas carecían de significación.

Cuatro siglos atrás aquello hubiera sido un mapa político; hoy, lo que de él se conserva, no es más que un mapa histórico. Cuatro siglos atrás, la línea rojiza que bordeara el curso del Rhin, señalaba la existencia «ad liminia» del Imperio de un mundo enigmático y de una comunidad inquieta y guerrera; hoy, su aspecto no habrá cambiado. Lagunas de grises aguas se adivinan entre el agreste páramo, lamiendo con su onda el arenal. Encinas milenarias, testimonios de pasadas migraciones cubren el suelo con sus retorcidas ramas, cubiertas de menudas hojas. Pero entre ellas construye ahora la araña sus mallas invisibles, sin que nadie las haya de destrozar. ¡Porque las Hordas han pasado ya!

Con ello comienza la edad media de Europa. Por esta razón ya no tenía sentido para nuestro romano, el mapa de Agripa. Y el mismo Pórtico comenzaba a ser lo que en el resto del Medioevo, el «Forum piscatoris» el mercado del pescado. Eso el Pórtico que en los días de Augusto fué la meta obligada para los geógrafos de la política Imperial.

Pero la Geografía la hacen los hombres, y para su desgracia a Roma le faltaba ese «HOMBRE» que con su valer, le diera su unidad, su ser. Rota esa unidad — en su más amplia acepción —, que como fuerza centripeta le mantenía su cohesión, el Imperio se fragmentó, y cuando el siglo v se precipitaba en el Tiempo, sobre el suelo arruinado de las provincias se debatió, en postrera convulsión, la realidad imperial, ya que la nave sajona iba a borrar en la lejana «Britania maior», el último sedimento de romanidad, que en Soissons periclitaba Syagrius, y que el propio Capitolio se veía ultrajado por el yugo de Odoacro.

Roma se encontraba, pues, sola. Aquel cives romanus que vió crecer el jaramago entre las losas del Foro y a los espectros del Senado, acogerse en lo más recóndito de las Basílicas cristianas, pendientes en su toga de la «Gladio gotica» podía muy bien repetir las palabras del emperador Septimio Severo «omnia fui et nihil expedit», yo he sido todo y todo es nada.

Una restitución del Imperio de Occidente era imposible. Cuando Odoacro remitió al Emperador bizantino las enseñas del Imperio; desposeído Rómulo — Augustulo — la existencia jurídica del patrimonio de Honorio estaba falto de viabilidad. Por eso toda expedición que en aquel instante reemprendiera Bizancio, era para los romanos de la «Pars Occidentis», incomprensible. En modo alguno podía significar una restauración, a lo sumo fuera una anexión territorial, la formación de una nueva provincia para el imperio oriental.

Finalmente existía el Cisma. No era suficiente la diver-

sidad de raza y de lengua, para separar cada vez más las dos mitades del Imperio, que ahora surgía una más transcendental, la de Credo. La desastrosa política religiosa de Zenón indujo a suscribir a este Emperador, en 482, el Henoticon. Pero este edicto, que debía traer la conciliación, fué semillero de nuevas discordias. Treinta y cinco años duró el Cisma, que separó en dos, la comunidad espiritual del Imperio, ya dividido políticamente. Porque en la misma Italia, a la influencia bizantina se opuso, desde un principio, la influencia gótica — gobierno de Teodorico —, como lo prueba el hecho de que ilustres romanos, siguieran el partido de la colaboración. Nos referimos concretamente a Boecio y Casiodoro.

Es verdad que hubo un sector intransigente, partidario de la alianza con Bizancio, el cual no dudó en provocar el Cisma laurentino, a fin de obtener una aproximación con Oriente; pero la realidad mostraba la escisión y ambos sectores reclutaban numerosos partidarios, tanto en el Senado como en el Clero.

Tal era en líneas generales la situación política del viejo Imperio romano al despuntar la aurora del siglo vi, justamente cuando entraba en escena un hombre genial, que oriundo de la montuosa Sabinia, venía a establecer las bases de una nueva sociedad que en breve llenará el vacío que dejaba, al esfumarse, la sociedad de los Quirites.

II. Los monjes negros

Entre las laderas, cubiertas de monte salvaje, por donde lleva el frío Anio sus espumosas aguas yacían por entonces las ruinas cubiertas de maleza de la quinta de Nerón. El lugar se llamaba Subiaco y no estaba deshabitado.

Pobres leñadores, escalaban la roca, llevando, en más de una ocasión, el diario sustento al desconocido anacoreta, que del fondo de su caverna fortificaba el espíritu en la hora que caía el silencio sobre la tierra y que la noche conducía en rápido giro, el Carro estrellado.

No tardó el día, en que aquel anacoreta — se llamaba Benito —, atrajera por su piedad a los míseros leñadores y les instruyera en principios, de inusitada novedad. Ellos con la atención le rendían el tributo de su respeto; unos se quedaban, otros volvían a poco de partir; pronto habrá de practicar con ellos la experiencia de su Regla. Y cuando el mundo, profundamente trastornado, acudieron en busca de principios los desheredados de una civilización, pudo el ermitaño fundar, sobre las alturas circundantes, doce monasterios.

Pero la Providencia no había señalado a Subiaco, como el hogar del monaquismo occidental. La hostilidad de Florencio, sacerdote de Vicovaro fué la causa de que Benito buscara un nuevo lugar, más agreste, más alejado que aquel Subiaco, sobre el Anio. Y así fué como eligió Casino.

Corría el año 529. El primer monasterio surgió sobre una altura que en la antigüedad pelasgica fuera acrópolis ciclópea. Cuando Benito llegó con sus compañeros, todavía se alzaban las columnas de un templo pagano. Lo había sido primeramente de una divinidad pelasgica, un dios de segunda categoría que se llamaba Pitiosyrus. Le substituyó Apolo, el dios del arco de plata, el enamorado de Diana, cazadora. Junto a su altar se levantaba un bosquecillo sagrado; en él aún sacrificaban los campesinos, colgando sus guirnaldas de hiedra en los troncos del lau-

rel, y en ciertos días del año, los pastores, celebraban sus ferias en este Forum Cassinum.

Y, sin embargo, esta montaña — recinto de falsa divinidad — iba a iluminar la noche triste del paganismo. El bosquecillo en llamas fué antorcha que iluminó con la luz de la cristiana civilización la Europa todavía bárbara. Las columnas fueron emparedadas y al templo de Apolo sucedió la capilla dedicada a Martín, santo de Tours. De aquí parte la más antigua historia benedictina; empezaba la actuación de los monjes negros, que han dado a la Cristiandad 24 Papas, 200 Cardenales, 5.600 Obispos, 5.000 Santos y 15.700 escritores.

Pero cabe, ahora, preguntar el motivo de su rápida difusión, las causas por las cuales, a poco de ser redactada la Regla, veíase ya observada en Inglaterra, Galia, parte de Germania y España.

La «situación del Tiempo», fué sin duda la más importante, y lo fué por dos motivos. En primer lugar, porque al momento de su aparición, el recuerdo de la pasada grandeza romana, cautivaba extraordinariamente la mentalidad germánica, la cual acogió al Cristianismo como un elemento más de la Cultura romana, y por lo tanto aceptaron la Regla — inspirada en las más puras fuentes cristianas, Conferencias de Casiano, las Vidas de los Padres y la Regla de S. Basilio —. Y en segundo lugar, porque los monjes encargados de difundirla, eran romanos y, por consiguiente, los más compenetrados con esta cultura.

Por otra parte, el Papado, desde que vió en ella la estructura de su propia manera de ser, llena de ese espí-

ritu práctico y rezumante de jerárquica autoridad — tan propios de la indiosincracia romana — proclamó su excelstitud.

Finalmente, porque estos monjes, encargados de su magisterio eran la síntesis del pensamiento estoico de la antigua civilización. Si leyendo a los filósofos antiguos vemos bajo que imagen nos trazaban el prototipo de su sabio, comprenderemos que el monje responde puntualmente a aquel ideal.

Estas son, pues, el complejo de circunstancias que ampararon a Benito en su tarea misional. Pero por encima de todas ellas estaba la Regla, ese Código primero de Europa.

Y si reparamos en este aspecto, podríamos comparar las figuras de Benito y Justiniano. Este codificó un antiguo derecho, remozándolo en las auras del cristianismo, e hizo del antiguo los civile, un derecho amplio, humano, natural. Pero pese a estas innovaciones, el derecho de Justiniano tuvo sus fallas, existían demasiados intereses creados en aquella sociedad, para poder hacer de él un modelo. Aquel, por el contrario, hizo de su Regla un Código perfecto, dando soluciones insospechadas, en materias tales como la propiedad y el derecho penal, para la legislación imperial. En la casa del Príncipe, al delincuente se le castigaba; en el cenobio de Benito al delincuente se le enseñaba a corregirse.

Tal era la Regla, «que meditó Carlomagno al escribir las Capitulares; que Hugo Capeto llamaba, asilo seguro de Monarcas y pueblos; que Cosme de Médicis llevaba siempre consigo, como el manual de la sabiduría».

LUIS M. FIGUERAS FONTANALS

Profecía de la destrucción de Monte Casino

«Un varón noble, por nombre Teoprobo, se había convertido a la vida religiosa por las exhortaciones del mismo padre Benito, y tenía por sus virtudes gran confianza y familiaridad con él. Entró un día en su celda y lo encontró llorando amargamente; esperó mucho tiempo, pero viendo que no cesaban las lágrimas y que el Varón de Dios no solía llorar cuando rezaba a no estar afligido, preguntó la causa de tanto llanto. Respondióle prontamente el Varón de Dios: Todo este monasterio que he construido y todo lo que preparé para los hermanos, va a ser entregado, por un designio de Dios omnipotente, a los gentiles. Apenas si he podido obtener que se me reservasen en este lugar las vidas de los monjes.

«Oyó Teoprobo esta profecía, mas nosotros la vemos cumplida, puesto que sabemos que el monasterio ha sido destruido por los Longobardos. Los Longobardos entraron últimamente durante la noche, mientras descansaban los hermanos. Saquearon todo, pero no pudieron coger a hombre alguno; porque Dios omnipotente cumplió lo que había prometido a su fiel siervo Benito: que entregaría a los gentiles los bienes, pero conservaría las vidas. En lo cual veo que Benito tuvo la misma suerte que San Pablo, cuya nave perdió todos sus bienes, pero tuvo el consuelo de alcanzar la vida de todos sus compañeros de viaje.»

(De los Diálogos del Papa San Gregorio el Grande. Lib. II, cap. 21.)

La Orden Benedictina en la renovación de la sociedad europea durante los primeros siglos de la Edad Media

La acusación de que el mundo romano occidental desapareció porque los cristianos se desentendieron de él, es falsa.

Las causas de la decadencia del Imperio romano eran ya viejas: la administración en manos de una burocracia; el hecho de no ser hereditaria la corona imperial, que daba el poder a aquel que contaba con el ejército; la carestía de mano de obra; la desproporción entre la riqueza y la pobreza; los impuestos insensatos y las leyes que para cobrarlos inmovilizaban, de padres a hijos, a cada uno en su cargo, oficio o empleo; la corrupción de las costumbres, etc.

En tales condiciones, una selección de la juventud romana, buscando la mejor manera de ser útil a la sociedad, consagróse al servicio de la Iglesia, único valor que en este naufragio no se hundía. Y el espíritu romano, su sentido práctico y de organización, su actividad y su arte de dirigir a los hombres — purificado por el espíritu cristiano que aniquilaba el orgullo y sed de dominio de Roma — pusieron los fundamentos de la civilización occidental.

A la Iglesia, la desaparición del Imperio Romano de Occidente le abrió un nuevo campo de acción: sus fuerzas morales encontraron terreno apto para sembrar.

Y esta tarea la llevó a término el monacato y de una manera especial la Orden Benedictina.

Para ver más clara la gran obra que estos monjes de San Benito hicieron, examinaremos primero a grandes rasgos el estado de Europa a fines del siglo v.

Los bárbaros, a partir del año 400 empezaron sus incursiones violentas a través de las provincias del viejo Imperio Romano, empujados por otros pueblos que venían de Asia. Roma no tenía fuerzas capaces de contenerlos, y recurrió a tratar con ellos y establecerlos al interior de las provincias a título de «federados» (aliados), obligando a los poseedores del suelo a cederles cierta porción de sus tierras (un tercio en la mayoría de los casos) para que aquéllos pudieran vivir. Y los romanos lo aceptaban como un mal menor, y con la esperanza de que esta ocupación iba a durar poco. Pronto, pero, estos «aliados», dándose cuenta que el poder de Roma era mucho más débil de lo que aparentaba, no respetaron los tratados de alianza y se convirtieron en los dueños del país.

Cuando en 476 desapareció el último Emperador de Occidente, en todas las viejas provincias se habían establecido diferentes pueblos bárbaros: los suevos en Galicia, los visigodos en España y el Sur de Francia, los francos en la Francia del Norte del Loire, los Burgundios en lo que hoy es Suiza, los anglos y los sajones en Gran Bretaña, y los ostrogodos en Italia. Y todavía quedaban muchos pueblos bárbaros en las tierras casi selváticas de más allá del Rin.

Las calamidades que una tan larga época de trastornos ocasionaron son fáciles de imaginar. Es probable que el pleno efecto de las invasiones — devastaciones y ruinas — no durara sino unos pocos años, y no afectara con igual intensidad a todas las regiones; pero sí que en este tiempo de confusión los lazos sociales y morales se relajaron en gran manera.

Se hallaban en presencia y conviviendo sobre un mismo suelo, dos sociedades: de una parte la población civil, integrada por los romanos, que se ocupaba de la agrí-

cultura, del poco comercio que quedaba y de la administración, y de otra parte los soldados — bárbaros y heréticos casi todos —, regidos por sus propias leyes y costumbres, sin tener residencia fija, viviendo sobre el país, y no obedeciendo y guardando fidelidad más que a sus propios jefes.

En los primeros años de la ocupación de los bárbaros, los romanos se preocupaban aún de la cultura — como lo narra Sidonio Apolinar, noble galorromano del siglo v. Pero la cultura necesita paz para extenderse, y en esta época de trastornos continuos perecieron muchos monumentos antiguos, se perdieron muchas obras literarias, y la gente, preocupada por graves problemas, se olvidó de leer y escribir. Sólo la Iglesia, continuó enseñando a leer y escribir a sus clérigos y en ella se refugió todo el saber de la época.

Era ésta de inseguridad personal y de luchas constantes de unos pueblos ya establecidos y que querían engrandecer sus dominios, con otros vecinos y con otros que buscaban donde establecerse.

Otra causa que contribuía a la intranquilidad era la diferencia de religión entre los antiguos habitantes del Imperio y sus descendientes, y los dominadores. La población romana era casi toda cristiana, y los bárbaros o eran paganos, como los francos, o heréticos, como los visigodos, que eran arrianos.

Las leyes, sin una autoridad fuerte que las hiciese cumplir, eran letra muerta; las costumbres continuaban corrompidas. No había autoridad, puesto que el jefe bárbaro para los romanos carecía de valor legal. El comercio, que había sido esplendoroso en el mundo romano, ante las dificultades de comunicación, desapareció casi; la industria, al cesar el comercio, dejó de producir para la exportación y se limitó a producir justo lo necesario y lo que se podía consumir en el lugar de producción.

He aquí, pues, la gran tarea que emprendió la Iglesia a través de los monjes: rehacer las leyes; restablecer el orden; restablecer una jerarquía social basada en el Cristianismo; inspirar a los incultos bárbaros — generalmente pendencieros y perezosos — el amor al trabajo; fomentar la agricultura, el comercio y las artes de paz.

* * *

San Benito nació en Nursia (Umbría) en el año 480. No resumiremos aquí su vida, que con tanto amor nos cuenta San Gregorio en sus *Diálogos*. A nosotros nos interesa más la obra que llevaron a cabo sus seguidores.

Cierto que el monacato ya existía en la Europa occidental. En Irlanda y en la Galia especialmente florecieron multitud de monasterios, pero cada uno se regía por su propia regla, no había unidad ninguna entre ellos. Es verdad que su acción pacificadora en un mundo tan agitado fué notable; a ellos se debe por ejemplo la conversión del rey franco Clodoveo, que hizo que los cristianos romanos lo reconocieran como rey y lo apoyaran en sus empresas, facilitando así la fusión de las dos razas. Pero al no tener cohesión unos con otros, al estar tan lejos de Roma y sin contacto ni dependencia con el Sumo Pontífice, cada monasterio actuaba por su cuenta, y a menudo, de puro ardor religioso, se desviaban de la recta senda.

San Benito fué el que redactó una *Regla* que con su ecuanimidad romana — no olvidemos lo que hemos dicho

al principio de la influencia que el espíritu romano tuvo en la nueva civilización que nacía — con su dulzura, con su perfecta distribución del tiempo, con su reglamentación del trabajo y del estudio, se adaptó a las circunstancias del momento.

Fué tal la excelencia de esta Regla que, poco después de muerto el Santo, fueron muchos en Italia los monasterios que la adoptaron. Y de Italia pasó a la Galla, donde poco a poco todos los monasterios aceptaron esta misma Regla.

En Roma misma se fundaron varios monasterios que seguían la Regla de San Benito. En uno de éstos profesó un personaje hijo de una noble familia romana y versado en las leyes y en la administración: el que fué después el gran Papa San Gregorio I el Grande.

Tuvo este Papa una actividad inmensa e hizo de los monjes sus emisarios. Tuvo un cuidado especial de la liturgia romana, y sobre todo inventó o adaptó el canto sagrado — que en su honor se llama gregoriano —, que desde entonces fué un elemento más de unión entre la Iglesia que lo prescribía y la Orden Benedictina que lo practicaba y practica cuidadosamente.

«La Orden Benedictina debe a este gran Papa el principal impulso en su propagación, y por esto podemos decir, sin miedo a exagerar, que le debe su permanencia a través de los siglos, descontando naturalmente la tarea fundamental de su iniciador. El la introdujo por medio de sus monjes en las Islas Británicas; él le dió vigor con sabias y discretas prescripciones; él fundó con sus propios medios y con el patrimonio de la Iglesia numerosos monasterios en varios países; a él deben también su gran desenvolvimiento, gracias a las exenciones y privilegios que les concedió para sustraerlos a las envidias de los laicos y de los propios eclesiásticos; él, finalmente, hizo conocer la obra del Legislador monástico escribiendo su vida con una unción espiritual edificante, al mismo tiempo que daba su aprobación a la Regla de su Maestro en un concilio de Roma.

Contribuyó aún al florecimiento del monaquismo asociando a los monjes al gobierno de la Iglesia, nombrándolos Obispos, cooperadores apostólicos y sobre todo Legados Pontificios a los que encargaba misiones delicadas cerca de las diferentes cortes europeas.» (1)

He aquí resumida la enorme obra que hizo el Papa San Gregorio con la Orden Benedictina.

La conversión de la Gran Bretaña, que emprendió en 596 el monje Agustín por mandato de Gregorio I, no fué fácil; si por una parte encontró facilidades en el rey sajón Etelberto (que se convirtió), chocó por otra con la hostilidad no sólo de los paganos sino de los monjes irlandeses, establecidos allá desde tiempo atrás. Estos monjes, de exaltado espíritu céltico, no veían con buenos ojos la predicación de los romanos. Lentamente pero, éstos fueron ganando terreno; los pueblos de la Isla se iban dejando ganar por la fe que estos monjes predicaban y al mismo tiempo aceptaban gradualmente unas costumbres más dulces y humanitarias que las que ellos practicaban. A fines del siglo VII puede decirse que Inglaterra fué cristiana; el monacato celta aceptó la Regla de San Benito y aceptó con ella la unidad de disciplina eclesiástica bajo la dirección de Roma. Con la unidad de culto se llegó poco a poco a la unidad política del país.

Esta fué una tarea larga. Mientras, el país fué poblándose de monasterios benedictinos, muchos de los cuales se convirtieron en centros de luz vivísima de donde partieron los apóstoles más celosos de la expansión de la fe cristiana por las tierras aun salvajes de la Germania. Y al mismo tiempo eran grandes focos de cultura.

A fines del siglo VII empezaron los Benedictinos ingleses sus viajes hacia Germania. Fueron muchas las expediciones, pero la principal es la de Winifrido de Nursling (Winchester) que cambió su nombre por el de Bonifacio. Convirtió numerosas regiones, y fundó una serie de monasterios. Después de convertidas las principales regiones germánicas se dedicó a organizar la jerarquía eclesiástica

en el país convertido. Restauró en tierras de los francos la disciplina de la Iglesia, sometiendo a los Obispos a la autoridad de Roma.

Muerto él, sus discípulos, partiendo de monasterios por él fundados, continuaron la evangelización de las tierras aun no cristianas: las costas de los Países Bajos, Suiza, las partes más orientales de Germania, etc.

Para comprender cómo llevaban a cabo su obra, imaginémosnos unos monjes Benedictinos saliendo de su monasterio para ir a evangelizar pueblos paganos. Llegados al país meta de su viaje — siguiendo siempre la Regla — fundaban en seguida un monasterio, y lo hacían fuera del pueblo, en un lugar donde pudieran abrirse los campos necesarios para el sustento del nuevo monasterio, puesto que la Regla prescribe que cada casa tiene que bastarse a sí misma. Ellos mismos araban las tierras y enseñaban con su ejemplo a los habitantes del país sus procedimientos, y les despertaban el interés por la agricultura. La Regla prescribe a más el estudio; por eso en cada monasterio había una Biblioteca. La escasez de códices era enorme; para nutrir sus bibliotecas y poder estudiar, los monjes copiaban con sumo cuidado los textos que después habían de utilizar. Examinemos ahora un catálogo de una de estas bibliotecas y nos encontraremos con que las obras que abundan más son las de los Evangelios, Santos Padres y Doctores de la Iglesia, Rituales y Psalterios, etc.; pero encontramos también textos latinos clásicos en prosa y en verso, que usaban para estudiar el latín. Así, gracias a la paciente obra de los monjes benedictinos se salvó parte del saber de la antigüedad clásica. Y en sus aulas daban cabida a los hijos de los nobles del país. La tarea principal de los monjes era la de predicar, convertir y enseñar a los pueblos. Para esto se valían de todos los medios a su alcance: en una época en que nadie sabía leer ni escribir no podían valerse de libros: la escultura y la pintura hicieron sus veces. Y así vemos estas esculturadas puertas de catedrales románicas, la de Ripoll, por ejemplo, que son como libros abiertos donde el pueblo ve constantemente los principales episodios del Antiguo y Nuevo Testamento.

Prescribe la Regla la Caridad, y para esto todo monasterio tenía un hospital, daba asilo a los pobres, protegía a los huérfanos, etc.

Consecuencia del apostolado y de la intensa acción social de los monasterios fué una regeneración y renovación de la sociedad europea. En efecto, con su trabajo personal de los campos enseñaban a aquellos pueblos, rudos y perezosos, cómo habían de ocupar sus energías, y al mismo tiempo, al fomentar la agricultura, alejaban el negro fantasma del hambre que después de tantas guerras empezaba a aparecer; con el ejercicio de las artes y oficios manuales, iniciaron el desenvolvimiento de la industria; con la importancia concedida al estudio, dieron a la cultura europea un fuerte empuje; con la educación de la juventud en sus monasterios, contribuyeron mucho a la formación de aquella sociedad creyente y caballerosa que todos admiramos aún. Hicieron aceptar a todo el Occidente la suprema autoridad espiritual del Sumo Pontífice (los visigodos de España lo hicieron con la conversión de Recaredo en el siglo VII) y esto fué indudablemente un factor pacificador de suma importancia: el Papa intervenía por medio de sus legados en casi todas las cortes europeas.

Esta renovación de la sociedad, la cultura de los eclesiásticos de ciertos países como Italia, España, y de los Benedictinos de York (Inglaterra), la idea de Imperio que los descendientes de los romanos mantenían viva y que la permanencia de Bizancio ponía de manifiesto, hicieron posible el resurgimiento fugaz de la época de Carlomagno, pero sobre todo sentaron ya desde entonces la base de la futura civilización occidental, de la Edad Media cristiana: la de las Cruzadas, de las Catedrales góticas y de Santo Tomás.

MERCEDES V. ROIG.

(1) «L'Ordre Benedictina» de don Antonio M.^a Arrufat. Montserrat 1925.

San Benito en Monte Casino

Organización de la vida religiosa en Occidente



El año 529 marca un mojón importante en la historia religiosa del mundo: la fundación de Monte Casino. Subía San Benito la alta pendiente de la montaña, sagrada entonces por el culto de los ídolos, y luego sagrada por los nuevos templos a San Juan Bautista y a San Martín y por la salmodia y vida espiritual de él y de los monjes que lo acompañaban.

No era principiante en la vida del espíritu, pues se había ya templado en largos años de vida anacorética y cenobítica en las asperezas de Subiaco. Nacido hacia el 480 en Nursia (Umbría), había pasado por los altos estudios de Derecho en la misma Roma, y, dejada la carrera de los honores, se refugia en Subiaco, cerca de las ruinas de la villa de Nerón. Allí venció en heroica lucha los combates de la carne y la Providencia le había hecho padre de doce monasterios. Pero Subiaco no era suficiente para desplegar la idea que anidaba San Benito, y, obligado a salir por la envidia de un enemigo, vió en ello la ocasión que le deparaba la Providencia para dar forma definitiva a su concepción de vida monástica. En su marcha por la Campania se fijó en la magnificencia de la montaña de Casino, donde en seguida edificó su obra material, un gran cenobio, y dió a sus monjes su regla, por la cual había de llegar a ser el Patriarca de todos los monjes de Occidente. Antes de él la organización de la vida monacal no existía sino en esbozo. Hombres como San Agustín, San Eusebio de Vercelli, Casiano, San Martín de Tours, por no citar sino los principales de Occidente, representan grandes figuras del monaquismo, pero su obra hubiera quedado casi en la esterilidad sin el genio jurídico y organizador de San Benito, el cual con su regla había de dar fuerza y cohesión a este potente elemento de vida (el monaquismo) y disponerlo a la gran misión que le señalaba la Providencia en la historia de la Iglesia. En Subiaco las fuerzas estaban dispersas en doce monasterios; ahora convenía reunir en un solo cercado todas las energías que se juntaban en torno al claustro monástico, para que bajo la guía de un abad pudiesen emplearse estas fuerzas en la realización de mayores empresas. Los monasterios benedictinos se convertirán así en hogares de alta cultura y de dilatación de actividad bienhechora, después de la formación para una vida interna poderosa, fraguada en el oficio divino y en la práctica de la caridad fraterna. El monaquismo y la sociedad eclesiástica y civil recibirían en seguida la influencia de estos cenobios poderosos que se extendieron por toda Europa en la Edad Media.

¿Qué elementos puso en juego para construir este edificio?

No le bastaría a él, como a los monjes de Oriente, que se juntaran muchos en torno a una figura aureolada por la santidad, la prudencia y la vida ascética, entre los cuales la única ligadura (lazo de unión) era el celo por la propia santificación que podían ver realizada en la persona en torno a la cual se agrupaban. Era preciso dar una unidad más íntima poniendo a su cabeza un abad al que también se prestaría obediencia. Así la perfección no era obra solamente del individuo, sino también de la sociedad. La institución abacial fué la que dió fuerza

a los monasterios benedictinos, haciéndolos dueños de una estrecha unidad, evitando la descomposición e inercia que, pasados los momentos esplendorosos, presentó el monaquismo oriental.

Corolario obligado de este primer elemento fué la estabilidad que San Benito impuso a sus monjes, es decir, el lazo (ligadura) perenne a un abad y a una comunidad. Era el golpe de gracia que dió a la ligereza de algunas instituciones monásticas de Oriente, como los giróvagos, y a su raíz, el espíritu de propiedad. El voto de estabilidad es la característica de los monjes benedictinos y la más original aportación de San Benito a la idea de vida monástica, ligadura tan estrecha que ni los anteriores legisladores concibieron plenamente ni la han seguido con tanto rigor los posteriores.

Frente a los rigores empleados por los legisladores donásticos respecto a la ascesis, San Benito usará de una sabia discreción, que exigirá de sus monjes el espíritu antes que las grandes penitencias. Por eso su regla será por antonomasia el código de la discreción — «Regulam discretione «praecipuam», la llama el biógrafo del santo, el Papa San Gregorio el Grande —, la cual hará que, no siendo de por sí necesarias estas prácticas ascéticas, tenga la Regla benedictina una sabia condescendencia por la debilidad de los individuos y una cualidad de adaptación a todos los lugares y tiempos que no ha sido superada. No innovaba en esto San Benito nada de la anterior concepción, pues ya la voz autorizada de Juan Casiano proclamaba que estas prácticas no constituían la perfección, sino que son únicamente sus elementos. Por otra parte, la prudente disposición del abad ha de saber medir todas las posibilidades de sus monjes, dar ejemplo en sus mandatos y «ordenar todas las cosas de modo que los fuertes deseen más y los débiles no se desdigan».

El monje hallará su perfección individual en la obediencia y humildad, que toma en la regla benedictina un concepto de completa ascesis, y a la que dedica San Benito todo el largo capítulo séptimo de su Regla y que ha merecido ser introducido en la «Summa Theologica» de Santo Tomás.

Otro elemento indispensable es la recitación solemne y devota del oficio divino en comunidad, «al que nada debe anteponerse», frase que ha hecho de las abadías benedictinas las mejores escuelas, por la sabia y ferviente recitación de las Horas canónicas, y los mejores centros de Liturgia romana.

Deber privado y social es el trabajo que en los monasterios benedictinos ha presentado todas las manifestaciones posibles, desde la copia de manuscritos para facilitar la lectura de los monjes, hasta la agricultura, el apostolado y las misiones, de las que dió ejemplo el mismo San Benito a sus monjes y que tan ubérrimos frutos dió a la Iglesia en los siglos medievales. Bajo la paz del claustro, el doble lema benedictino «Ora et Labora» hallaba su ambiente propicio. Este trabajo no debía ser únicamente un término medio para no estar ocioso — la ociosidad es enemiga del alma, dice el santo Legislador —, y no era suficiente hacer y deshacer, como muchas veces se veía en el monaquismo oriental, el cual, con todo, no representaba en estos casos excepcionales la genuina

tradición de los grandes centros monásticos; era también necesario que el trabajo fuese productivo primeramente para la vida propia, pues «entonces son verdaderamente monjes cuando viven del trabajo de sus manos, como los Padres y los Apóstoles», y lo restante para satisfacer las necesidades de los pobres.

Un estudio a fondo de la ciencia cristiana no está ordenado en la Regla de San Benito, pero en parte está implícito en la «Lectio divina», a la que el monje debe entregarse varias horas. La lectura espiritual como la entendían los monjes antiguos, comprendía todas las funciones intelectuales de la búsqueda de la verdad, encauzadas, sin embargo, por la influencia afectuosa del corazón, a la oración y contemplación. Por eso la tradición, la mejor norma para la interpretación de la Regla, tanto la tradición posterior que de ella se origina, como la anterior a San Benito, en la que se inspira el santo Legislador, ha entendido la lectura espiritual de un modo amplio, y hasta en épocas de mayor recogimiento, como el tiempo cuaresmal, las costumbres monásticas señalan la lectura no sólo de la Biblia y de los comentarios de santos Padres, sino también los libros históricos de Flavio Josefo, Eusebio de Cesárea, Orosio, Historia de Inglaterra de Beda y hasta la Historia Romana de Tito Livio y libros de cosmografía, pues en todo puede hallarse edificación y se ve siempre la acción de la Providencia.

De la «Lectio divina», pues, así entendida, ha salido como fruto espontáneo y natural consecuencia el amor de los benedictinos a la erudición eclesiástica, que ha llegado a ser sinónima de benedictina, y que en cierta manera ha sido creada por los monjes, teniendo en tiempos antiguos tan eminentes representantes como Beda, Alcuino, Raban Maur, y en los modernos la magnífica escuela de los maurinos, con Mabillon y Montfaucont en la delantera. Con las largas horas que la «Lectio divina» hace dedicar al monje, ha sido San Benito el verdadero

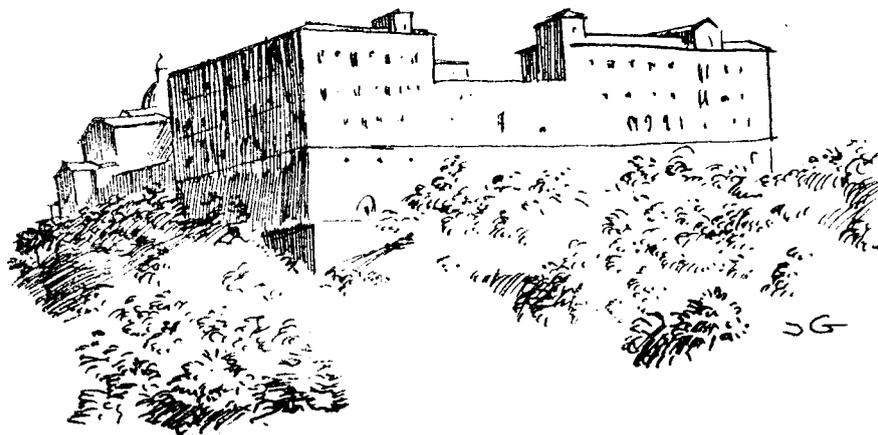
animador de la tradición cultural de los benedictinos, que siempre ha hallado ambiente propicio en la paz y soledad del claustro monástico, pues una lectura espiritual bien hecha no es posible sin una sólida base de cultura.

* * *

Sean estas líneas un esbozo muy superficial de los principales elementos de la vida monástica descrita en la Regla que el santo Legislador escribió en Monte Casino a principios del siglo sexto. Una concepción plena no puede tenerse sino con la lectura completa de su Regla, interpretada, afortunadamente, con frecuencia por lo que conocemos de su vida, escrita por San Gregorio el Grande, y siempre por la plasmación que de ella hicieron las grandes figuras del monaquismo que han profesado y vivido su espíritu a través de la Historia.

No se ha limitado su influencia a la clase monástica. También la sociedad ha sacado grandes frutos de la legislación benedictina, no sólo por la acción de los monjes, sino por la influencia en las legislaciones posteriores y por su influjo en las costumbres de los pueblos. El apostolado benedictino por el cual puede decirse sin exageración que ha recibido toda Europa la fe en Jesucristo y por ella la verdadera cultura; la acción bienhechora de los monasterios benedictinos que enseñaron a todas las generaciones la nobleza del trabajo manual y de la agricultura; la educación intelectual que todas las inteligencias recibieran durante largos siglos en las escuelas monásticas; las actividades de la jerarquía eclesiástica cuando casi todas las sedes de la Cristiandad y su mismo centro, Roma, eran ocupadas por hijos de San Benito, y cuando la historia de su Orden se identifica con la de la Iglesia, todo es fruto del genio de esta Regla, escrita en la cumbre de Monte Casino, código monástico que la Edad Media llamó por antonomasia la Santa Regla.

DOM PAULINO BELLET, O. S. B.



EL MONASTERIO DE MONTE CASINO

LA ABADIA DE MONTE CASINO

Sus bellezas

Excepción hecha de algún resto discutible de la época romana y del siglo XI, fué construída, con interrupciones, después del terremoto de 1349. Se atribuye a la época romana parte del santuario o torre de San Benito; del siglo XI, es decir, del siglo del abate Desiderio, se han aprovechado, en un paso adyacente a la galería del Paraíso, algunas columnitas y algunos fragmentos arquitectónicos de estilo románico, y todavía en la moderna basílica la puerta de bronce fundida en Constantinopla, en el año 1066, y adaptada a la iglesia en el siglo XII bajo el abate Oderisio.

Del monasterio, bajo el punto de vista artístico, destacaban los claustros, la basílica, la sala capitular, la torre de San Benito, el gran refectorio y la sala-museo. De los tres claustros interiores, el central fué construído en el siglo XVII y los laterales eran de principios del siglo XVIII. Una espaciosa escalera daba acceso al antepórtico del claustro de la basílica conocido con el nombre de «Claustro de los bienhechores», del siglo XVI, modificado en los dos siglos sucesivos. Estaba adornado con dieciocho estatuas de los Papas y Príncipes beneméritos de la Abadía, esculpidas todas a fines del siglo XVIII y a principios del XIX por varios escultores, entre los cuales Pablo Campi, Le Gros, Moratti, Lorenzo Ottoni.

La basílica empezó a reconstruirse, según proyecto de Cósimo Fanzaga, en 1649. Todos los frescos de la nave central eran de Lucas Giordano, de quien era también el gran cuadro al óleo en la pared, sobre la puerta, representando la consagración de la basílica de Desiderio, hecha por Alejandro II en 1071; los frescos de la cúpula eran de Belisario Corenzio (restaurados algunos por Pedro Paoletti en 1830); los del coro eran de Carlos Mellin, llamado el Lorenés; los de las naves, de Pablo De Matteis. De Giordano eran obra muchos cuadros de las capillas laterales, pero en ellas habían trabajado también Mazzaroppi Solimena, De Mura, De Matteis, S. Conca. Los cuatro grandes cuadros del coro eran de Solimena. Notables, en la basílica, eran el altar del Sacramento, con el tabernáculo diseñado por el arquitecto Antonio Canevari y ejecutado por Antonio y Francisco Arighi, romanos; el coro esculpido en madera (final del siglo XVII), bajo diseño de Alejandro Scappi de Senigaglia; el encuadre del órgano, de Domenicantonio Colicci; el mausoleo de

Pedro de Médicis proyectado por Antonio y Francisco de Sangallo, ejecutado bajo su dirección por los escultores Antonio llamado «Solesmeo», de Florencia, y Mateo de Quaranta, de Nápoles; el mausoleo de Guido Fieramosca, del escultor Merliano de Nola; la sacristía con un rico pavimento de mosaico (rehecho con el material del pavimento de la basílica de Desiderio), y frescos en la bóveda, de Conca, y los armarios esculpidos en madera por Genaro Franzese en 1749, según dibujo de Pablo De Majo.

La cripta fué construída en 1545 y decorada al fresco por Marcos de Siena. Pero los desperfectos sufridos por las pinturas por causa de la humedad hicieron necesaria la restauración. Fué rehecha completamente por los monjes benedictinos, artistas de la escuela de Beuron, bajo la dirección de Dom Desiderio Lanz, de 1900 a 1913, con ricos mármoles en el pavimento y en las paredes, y mosaicos en la bóveda. La sala capitular, construída en el siglo XVI, fué decorada en 1745 y adornada en la bóveda con tres lienzos de De Majo, sobre las paredes con diez grandes telas de De Matteis y de De Mura. El cuadro, entre las dos ventanas, era de Mazzaroppi. La torre de San Benito era la parte más antigua del Monasterio, adornada en su totalidad con pinturas al temple de 1880, por los artistas benedictinos de la escuela de Beuron. En el gran refectorio, construído en 1569, estaba el cuadro de los hermanos Da Ponte de Bassano, ejecutado en 1592, representando la multiplicación de los panes y la difusión de la Regla benedictina. Sobre las paredes los bocetos de los Apóstoles, del Cav. de Arpino, reproducidos en mosaico en la cúpula de San Pedro de Roma.

En la sala-museo podían admirarse las miniaturas y códigos Casinenses, de los siglos VI al XVI; libros de coro miniados por los florentinos Juan y Francisco Boccardi, del 1507 a 1523; muchas obras en cobre y esmalte (cruces procesionales, cálices, relicarios) de la escuela abruzziana; mayólicas de Castelli; un facistol (1514) del coro de Serrantoni de Florencia; un relicario esmaltado del siglo XI y muchos cuadros de varios autores (Caravaggio, Agostino Carracci, Andrea de Salerno, Lucas Giordano, Cav. de Arpino, Solimena, De Mura, De Matteis, Pedro Novelli, Máximo Stanzione, etc.).



RUINAS DE MONTE CASINO DESPUES DEL BOMBARDEO DEL MONASTERIO

(Del periódico inglés "The Illustrated London News" correspondiente al día 3 del pasado mes de Junio)

Historia de Monte Casino

San Benito de Nursia, dejando con algunos de sus discípulos Subiaco, escogió como refugio la colina donde estaba la antigua ciudadela de Casino y dos templos: uno de Júpiter y el otro de Apolo. Taló el bosque consagrado a Apolo, construyó sobre el ara una capilla dedicada a San Juan Bautista; en el lugar donde estaba el templo construyó otra capilla a San Martín de Tours y transformó en habitación una vieja torre, tal vez lugar del presidio romano. Fué el núcleo del primitivo monasterio, alrededor del cual surgieron bien pronto otros edificios y en el que escribió su célebre Regla. San Benito y la hermana Santa Escolástica fueron sepultados en el oratorio de San Juan Bautista, que se levantaba aislado en la parte más alta del monte. Destruído el monasterio por los lombardos, los monjes buscaron refugio en Roma (entre el 581 y el 589), donde fueron acogidos por Pelagio II en una morada cerca de Letrán. Durante todo el siglo VII no hubo más que algunos ermitaños.

En 717, Petronace, ciudadano de Brescia, siguiendo los consejos de Gregorio II, se retiró a Monte Casino para buscar pacífica soledad. Más tarde se juntaron a él y a aquellos pocos ermitaños el joven anglosajón Willevaldo, práctico ya en la vida de claustro, e introdujo la antigua disciplina. Con la ayuda del Papa Gregorio III y Zacarías, Petronace reconstruyó el antiguo monasterio. Pronto afluyeron allí muchos personajes nobles: Carlomagno, hijo de Carlos Martel, Ratchis, rey de los Lombardos. Otros príncipes fueron generosos en dádivas con el monasterio: Guisulfo II, duque de Benevento, en 747 legó muchas tierras, que, junto con otras posesiones, habían de formar más tarde «terra Sancti Benedicti». En este siglo floreció en Monte Casino, Pablo diácono.

El abad San Bertario (856-883) vió destruido el Monasterio por los sarracenos llegados de Agrópoli. Murió en el Monasterio de San Salvador (construido en San Germán por el abad Guisulfo, 797-817), donde se había refugiado con sus monjes el 22 de octubre del año 883. Un pequeño grupo de monjes se refugió en Teano, llevándose el Códice autógrafo de la Regla, bulas, diplomas, privilegios, depositándolos en el pequeño Monasterio de San Benito en tiempo del abad Angelario. Tampoco la permanencia en Teano fué tranquila y segura, pues los príncipes seculares expoliaron a los monjes de su patrimonio, y en 896, bajo el abad Regemprando, un incendio redujo a cenizas el Monasterio y destruyó el Códice autógrafo de la Regla, con muchas bulas y privilegios.

Los príncipes de Capua-Benevento, Landolfo I y Atenolfo II, en agosto de 914, hacen elegir abad a un pariente suyo, Juan, y la comunidad se traslada a San Benito de Capua. Se encerró allí en una semi-inacción, hasta que Agapito II, por consejo de Odón de Cluny, ordenó al príncipe Landolfo que los benedictinos volviesen a Monte Casino. El retorno a Monte Casino tuvo lugar bajo el abad Aligerno, elegido en Capua en 949. Aligerno, hombre penetrante y de amplia visión, empezó reivindicando el patrimonio del Monasterio contra los usurpadores, construyó Rocca Ianula dominando Casino, innovó el régimen feudal, con un pacto, convenido entre el abate y los colonos, consistente en la libre posesión de las tierras por veintinueve años, y restauró en su antiguo vigor la disciplina monástica.

El triste gobierno de Manzone, que había sido nombrado abad gracias a la influencia de Aloara, viuda de Pandolfo I Capodiferro, anuló casi todo el avance logrado por su predecesor; pero su nombre también se recuerda por la fundación de Roccasecca, la pretendida patria de Santo Tomás de Aquino, y la del pequeño monasterio de Santa María de Albaneta, muy próximo a Monte Casino. Los principios del siglo XI fueron procelosos por las intrigas políticas del abate Atenolfo (1011-22), hijo de Pan-

dolfo II, príncipe de Benevento y Capua. Pero con el abad Teobaldo (1022-35), elegido en la presencia del Papa Benedicto VIII y del emperador Arrigo II, se notó el beneficio de un sabio y luminoso gobierno; con el cardenal Federico, hermano de Godofredo de Lorena y Toscana (1057), después Papa con el nombre de Esteban IX, el monasterio inicia un período de grandeza política, cultural y artística, que culmina bajo el gobierno de Desiderio (1058-87), de la estirpe de los príncipes de Benevento, que llegó finalmente a Papa con el nombre de Victorio III. Desiderio hace de la abadía no tan sólo un centro de cultura y de vida monástica, sino también un monumento de arte: rehace el monasterio desde sus fundamentos, construye una amplia y grandiosa basilica que fué consagrada por Alejandro II el 1.º de octubre de 1071, y promueve todo género de estudios y artes. En su tiempo florecieron Alfano, arzobispo de Salerno, perito en Medicina y en las artes liberales; el cardenal Alberico, autor de «Ars dictaminis»; Amato, historiador de los Normandos y poeta; Constantino Africano, autor y traductor de diversas obras de Medicina; León, cardenal de Ostia, autor del «Chronicón Casinense»; Guaiferio, poeta. Le sucedió dignamente Oderisio (1087-1105), que levantó vastas enfermerías y hospederías, pero principalmente apoyó largamente con sus escritos a Alesio de Constantinopla y con diversos medios la primera Cruzada.

Otón, del condado de Fondi (1105-1107), no tuvo un gobierno pacífico debido a las luchas entre el Papa y el Antipapa; Brunone (1107-11), ya obispo de Segni, por su santo celo se preocupó mucho en la lucha entre Pascual II y Enrique V; Gerardo, del condado de Marsi (1111-23), tuvo fama de guerrero.

Durante el gobierno de este último, el monje casinense Juan Coniulo, natural de Gaeta, fué Papa con el nombre de Gelasio II (1118-19). Florecieron en este siglo Alberico, autor de la célebre «Visión de ultratumba», y Pedro Diácono, poeta, polígrafo y continuador del «Cronicón» de León Ostiense. Con Senioretto (1127-1137) y con otros, el Monasterio atravesó un período muy turbulento durante todo el siglo por la lucha entre el Papa, el Antipapa y los Normandos.

La política activísima iniciada por el abad Roffredo dell'Isola (1188-1210) en el último año del siglo XII en favor de Enrique VI de Suabia, continuó también bajo el abad Adenolfo (1211-15) y Esteban Marsicano (1215-27), bien para favorecer a Federico II, bien para proteger a los Papas, con grave detrimento para la Abadía; la cual tuvo que sufrir molestias de imperiales y pontificios hasta que Federico la convirtió en fortaleza, expulsando a los monjes: entre éstos figuraba el joven alumno Tomás de Aquino, que se refugió en Nápoles y probablemente frecuentó en aquella Universidad la cátedra de Teología del monje casinense Erasmo. El Monasterio resurgió con el abad Bernardo Ayglerio (1263-1282), que tuvo el apoyo de Carlos de Anjou, y pudo organizar el patrimonio casinense y repoblar de monjes el Monasterio. El siglo XIII termina con una tentativa de Celestino V de transformar a los casinenses en celestinos, Orden fundada por él.

Con el siglo XIV empieza una época desastrosa para la Abadía. Juan XII de Aviñón, en 1321, ordenaba que la Abadía fuese Catedral; el abad, obispo, y los monjes, canónigos. Los abades-obispos, desde el primero, Odón Sala, extraños a la disciplina monástica, descuidaron los negocios espirituales y temporales de la Abadía.

Se aprovecharon los vasallos; uno de ellos, Jacobo de Pignataro, se enseñoreó durante todo un año del Monasterio, que dejó reducido a las cuatro paredes, las cuales acabaron por desplomarse en el terrible terremoto del 9 de septiembre de 1349. Angel de Posta (1357-1362), casinense, elegido obispo por Inocencio VI, reedificó, con la Iglesia, un refectorio y un dormitorio para los

monjes. El Papa Urbano V (1362-1370) invitó a todos los monasterios a cooperar a la reconstrucción del archicenobio, y abolió a los abades-obispos; con ello, bajo el gobierno de Andrés de Faenza y Pedro de Tártaris, volvió a florecer el Monasterio, ampliando este último el antiguo recinto; pero, envuelto en la lucha entre el Papa y Carlos de Durazzo, vió devastado el territorio abacial.

Con los abades siguientes, Monte Casino se debatió en las luchas entre Papas, Antipapas, angevinos, duracenses y aragoneses. Con Antonio Caraffa (1446-1454), vino a ser un feudo de la familia del Abad. A su muerte empieza el período desastroso de los abades encomendados. El cardenal Luis Scarampo (1454-1465), patriarca de Aquilea (más conocido por su bravura militar contra los turcos), dejó todavía memoria de su gobierno por haber ampliado el cenobio con otro dormitorio, con un peristillo y con una torre, y restaurado la capilla de San Severo de los daños del terremoto de 1456. Le sucedieron: el Papa Paulo II, el cardenal Juan de Aragón, hijo del rey Fernando I, el cardenal Juan de Médicis, más tarde Papa León X. Bajo el gobierno de este último y de Pedro de Médicis, nombrado por Carlos VIII virrey de la Abadía, los españoles, mandados por el gran Capitán Gonzalo, la asaltaron; Pedro murió ahogado en el Gallano; fué trasladado y sepultado en la Basílica de Monte Casino, en un sepulcro construido por Sangallo.

A Gonzalo se debe la idea de unir Monte Casino a los otros monasterios benedictinos confederados, que formaban la congregación de Santa Justina de Padua, la cual, desde 1504, se llamó Casinense. Los abades, de ahora en adelante, tendrán el cargo por tres años, pero podrán ser de nuevo confirmados en él: esto no obstante, quizá por el resurgir artístico que caracteriza la Italia del Quinientos, rivalizarán en el resurgimiento de la Abadía. Así Ignacio Squarcialupi de Florencia, que por tres veces en el período 1510-26 tuvo el cargo, hizo construir el dormitorio inferior, con las celdas de los monjes y el claustro antiguo, la grandiosa corte central, la escalera que lleva al atrio superior y el atrio de la iglesia.

Al priorato de Albaneta se retira Ignacio de Loyola, acompañado de Pedro Ortiz, y sobre la montaña de San Benito volvieron a florecer las ciencias, las artes y las letras. El abad Girolamo Scocchetto de Piacenza (1541-45) hizo construir debajo de la Basílica una cripta. Angel de Faggis, ya nombrado, fué por tres veces abad, desde 1559 a 1575, e hizo construir los pórticos del claustro del Prior, cuatro corredores con la sala capitular, biblioteca y museo, y los dos dormitorios que miran a Oriente.

La dominación española durante el siglo XVII proporcionó una relativa tranquilidad a la Abadía. Durante el gobierno de Domingo Quesada de Nápoles (1650-53), se procedió a la construcción de la Basílica. Bajo el abad Sebastián Gadaleta (1725-31), la Basílica pudo ser consagrada por el Papa Benedicto XIII el 19 de mayo de 1727. Durante todo el siglo hubo una paz laboriosa, favorable

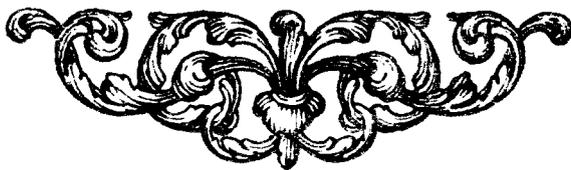
a la búsqueda paciente y a los estudios eruditos. Erasmo Gattola (1662-1734) se hizo célebre por los estudios sobre la historia casinense; y los dos hermanos Federico de Génova, Plácido y Juan Bautista, reorganizaron el archivo; el uno escribe la historia de la Abadía de Pomposa; el otro publica la del duque de Gaeta; Casimiro Corrales de Sorrento escribe noventa y nueve gruesos volúmenes de un diccionario bíblico-hebraico-caldeo, todavía manuscrito. A fines de siglo la Abadía fué poco menos que saqueada por los soldados franceses del general Championnet.

El Papa Pío VII, monje casinense de Santa María del Monte de Cesena, fué liberal en su ayuda a la Abadía arruinada de este modo. José Bonaparte (1806) aseguró su existencia, llamándola «establecimiento» y confiándola a la custodia de cincuenta monjes, los cuales tenían el encargo oficial de la conservación de libros y documentos. Con el retorno de la monarquía borbónica recibió sus plenos derechos y parte de sus rentas; en este tiempo ejerció muy notable influencia sobre la educación de los espíritus en la idea de la unidad nacional. El abad Luis Tosti (1811-1897) es un nombre que él solo vale para documentar un admirable fervor de italianidad.

En 1866 también Monte Casino, por efecto de la supresión de las congregaciones religiosas y de la incautación de los bienes eclesiásticos, perdió su vida jurídica, pero la laboriosidad cultural y artística no cesó: con Tosti, Caravita, Piscicelli-Taeggi, Quandel, Amelli, por decir sólo los más importantes, continuó aportando contribución no despreciable a la cultura de la resucitada Italia. En el XIV centenario del nacimiento de San Benito, la parte más antigua del Monasterio, la Torretta, fué abierta y pintada por la escuela de arte benedictina de Beuron (1880). Bajo el gobierno del abad Bonifacio Krug (1897-1909), los mismos artistas iniciaron (1900) la reconstrucción de la cripta, que fué consagrada bajo el abad Gregorio Diamare.

La biblioteca de Monte Casino surgió en el tiempo de la fundación del Monasterio mismo; de ello hay una prueba en el capítulo 48 de la Regla escrita por San Benito en Monte Casino, donde se prescribe que los monjes, durante la Cuaresma, debían tomar «códices de biblioteca». Hoy la biblioteca consta de cuatro instituciones: 1, el archivo, con cerca de 2.000 códices y cerca de 40.000 pergaminos; 2, la Biblioteca Monumental, conteniendo los impresos en posesión de la Abadía en la época de la ley de la supresión; 3, la Biblioteca Privada; 4, la Biblioteca Paulina, fundada en 1899 en honor de Pablo Diácono por el abad Amelli, a la sazón archivero, que consta de una excelente colección de obras de crítica histórica. El patrimonio de libros suma actualmente alrededor de 100.000 volúmenes y 252 incunables.

(De la *Enciclopedia Italiana*.)



DOS AÑOS CON LOS MONJES DE MONTE CASINO

Los seísmos de la historia

Monte Casino ha caído. Así, literalmente y no en el sentido menos trágico de pasar de unas manos a otras, entre dos contendientes, aunque ellos sean extranjeros. Aquella mole secular, bruñida por todas las clemencias e inclemencias de los tiempos, que coronaba con el oro de sus piedras venerables la última extremidad del monte Cairo, se ha desplomado en unas horas al peso de una materia no sublimada ya por espiritualidad alguna.

¿Quién iba a imaginar que aquel Santuario, tan robusto de glorias y de historia, a cuyas puertas llamé, prófugo de una Patria en llamas, en búsqueda de asilo y soledad, antes de un decenio había de ver sus cenizas aventadas a todos los maestrales?

— *Lo spagnuolo* está escribiendo sobre la tragedia de España — oía cuchichear a los religiosos. Y ahora, a tan poca distancia en el tiempo, «el español» está improvisando, con una máquina de escribir recibida como regalo precisamente en Monte Casino, un reportaje motivado por el terrible hundimiento de aquel cenobio, cuyos rebaños numerosos de ovejas y aun de cerdos, han sido más de una vez apacentados por reyes que trocaron la púrpura por el sayo del Padre San Benito.

El corazón se resiste, horrorizado a constatar estas sacudidas terribles de la Historia moderna, que parece tomar la sorprendente rapidez de los seísmos. ¿Es que el hombre de hoy ha vendido definitivamente la razón por la locura?

La fortaleza de espíritu

La montaña santa de los benedictinos se divisa muy lejos, sobre todo viajando desde Roma. Aun antes de llegar a Aquino, cuna de Santo Tomás, con su soberbio castillo de Rocca Seca, Monte Casino en el horizonte se adueña del viajero, como una obsesión. La prominencia de quinientos metros de altura sobre la que se asienta el monasterio, se adentra hacia el valle en actitud agreste. Monte Casino está enclavado en zona volcánica. No se distingue más que en raras ocasiones el penacho lejano de la columna de humo del Vesubio, pero sí otros picos que no son más que cráteres extinguidos. Todavía hoy son claros los temblores locales. En un solo día tuvimos cinco; no siempre de escasa intensidad. Causa una sensación inconfundible, aun la primera vez de sufrirla, la cama que se zarandea, y el codo que rastrega inopinadamente la mesa de estudio.

Cobijado a los pies de su famoso Monte, viviendo en él, Casino, la ciudad sin casi más gloria que la de ser peana de un lugar tan glorioso. Vida morigerada, carácter más bien indolente. Durante la procesión de Corpus, los jefes de familia sacan braseros adornados a la puerta de la calle y queman incienso al paso del Santísimo.

El monasterio ocupa — ocupaba, hay que decir — completamente la corona del monte. Es la ciudad evangélica edificada en el alcor. Su masa gigantesca — sólo el corredor de mi celda media ciento ochenta y nueve metros — humaniza un paisaje torturado. La vegetación que cubre la cúspide del cono geológico no logra disipar la impresión dantesca de sus peñas parduzcas hendidas por los hielos y el sol, pobladas de una especie de minúsculos saltamontes de un mimetismo desconcertante, e inmejorables para avivar en el Santo Fundador, escapado de Subiaco, los deseos de penitencia. En ningún otro lugar del mundo me ha rodeado jamás la sensación de una soledad tan auténtica como en los alrededores de Monte Casino. Ni en la isla, casi desierta, de Cabrera, que

tiene, además de un horizonte propicio a todas las velas, arrullándola por todas partes, el jadeo del mar. Las múltiples montañas que rodean el santuario, algunas de ellas por lo común cubiertas de nieve, comunican a la naturaleza, con frecuencia, un aspecto de paisaje lunar imaginario.

La construcción monástica estaba sostenida hasta ahora por enormes muros, en parte cubiertos de una yedra rojiza, de un rojo de sangre todavía fuente.

Líneas simples, ventanas pequeñas, que daban al conjunto arquitectónico el parecido de una fortaleza del espíritu. En el interior del recinto tenían cabida, además de la parte destinada a habitación de los monjes y los huéspedes, cinco grandes claustros — uno de ellos, el de los Bienhechores, con rozagantes estatuas de un Felipe y un Carlos de Borbón reyes de España —; un colegio de nobles, un seminario diocesano, un observatorio meteorológico, la curia episcopal, archivos y bibliotecas espaciosas, una Loggia incomparable — la del Paradiso — donde os seguían amigablemente dos cuervos domesticados por los monjes en recuerdo de los que un día alimentaron a Benito penitente entre inhóspitas anfractuosidades; amén de una magnífica basilica de Fanzaga, del siglo XVII, recubierta de mármoles preciosos de todos los colores, de proporciones armoniosísimas y un techo colosal con frescos de Lucca Giordano. Dicese que la división en cuadros de este techo, es una de las mejores del mundo. Ciertamente cuando durante la misa de Gallo la bóveda era iluminada con luz eléctrica desde la cornisa refleja, parecía sobre la semiobscuridad de la parte inferior del templo, una visión de cielo sobre la tierra en éxtasis. Debajo del presbiterio y el coro, éste en una preciosidad de niños en todas las posiciones — más de un centenar — adornando la sillería coral, había la cripta — sepulcro de los Santos Hermanos —, de gusto egipcio y que costó a principios de siglo, cuando las liras eran liras, más de veinte millones. La idearon y ejecutaron los benedictinos de Beuron.

La Comunidad

Distintivo de Monte Casino es el señorío en todo. En las construcciones y en los monjes.

Los abades tienen numeración, como los Papas. El actual, es Gregorio IV. El cargo abacial lleva consigo, además del de Monte Casino, el de Ordinario de la insignie Abadía de San Vicente de Voltuno, de San Pedro de Avellana y de San Liberator de Majella. El abad es, además, el Primer Barón de Nápoles.

¡Aquel Dom Onorato Winspeare, Prior emérito ya octogenario, que me recibió al llegar! ¡Y aquel Dom Gaetano Fornari, el Prior efectivo, de una cultura tan cabal! ¡Cuántas frases castellanas del Quijote me había él dilucidado, y qué conocimientos tan profundos demostraba de nuestras letras cuando comentábamos la traducción al italiano hecha por un profesor del monasterio, el doctor Mirra, del libro de Asín Palacios *Dante y el Islam*, sobre las fuentes hispanoarábigas de la Divina Comedia! ¡Y aquel Dom Paolo de Malta, que no podía encontrar sin que me preguntara el origen de alguna palabra española: «Oiga, usted. ¿De dónde viene *muchacho*? ¿Qué quiere decir *habarera*?» Y tantos y tantos otros hijos del Padre de la Pax, de una cortesía que brota tan naturalmente de su corazón, como el perfume de las flores...

Pensad que en Monte Casino, hace poco más de cincuenta años, no se admitía a profesión a nadie que no ostentara algún título nobiliario. Y aun cuando los tiempos actuales sean poco amantes de blasones, todavía

abundan los novicios de alcornia. Yo mismo vi vestir la cogulla benedictina al marqués napolitano de Caracciolo.

Señorío, pero sin empaque. El espíritu familiar de San Benito suprimía, por la caridad más cabal, todas las diferencias sociales, sin menoscabo de la atávica distinción.

El monasterio cobijaba cerca de trescientas personas entre colegiales, seminaristas, criados, religiosos y profesorado seglar. Los monjes llegaban a cuarenta y los legos a poco más o menos.

La vida monástica alcanzaba una actividad casi febril, por no bastar el número de monjes al desempeño fácil de tantos cometidos.

La diócesis de la cual el Abad es Obispo, consta de unas sesenta parroquias, caso no común en Italia, frecuentemente aisladas entre sí —aportaciones testamentarias de antiguos nobles que se hicieron monjes— y tiene entre los religiosos al Vicario General, Secretario de Cámara, etc.

Los benedictinos casinenses carecen de aquella rigidez propia de los monjes franceses o alemanes. Su sencillez y vivacidad latinas, casi napolitanas, pueden chocar a primera vista. Dom Mariano, el organista, hablaba con sus enjambres de abejas. Dom Onorato se reía con Leone, el magnífico perro de San Bernardo. El Rector del colegio ofrecía gajos de nuez a los canarios que en una jaula enorme, al lado del dormitorio, acompañaban el despertar de los alumnos... Pero, quien, como yo, cumpliendo indicaciones indiscutibles de superiores legítimos, ha vivido largo tiempo en una celda junto a la de ellos, comiendo en un mismo refectorio, asistiendo a los actos de comunidad y a sus inocentes recreaciones, puede afirmar que son perfectos observantes.

El ambiente cultural es de gran altura. La mayoría de los monjes hablan varias lenguas. Algunos son excelentes publicistas; otros músicos, arquitectos, pintores. Entre todos descuella Dom Mauro Inguanes, también maltés de origen español —precisamente del Panadés—, director del Archivo, miembro de la Real Academia Italiana y autoridad mundial en paleografía. Varios religiosos están condecorados por distintos jefes de Estado y Universidades.

Muchos artistas —músicos y escritores afamados— han dejado en Monte Casino, donde fueron a recogerse originales de obras suyas. Cerca de mi celda, por ejemplo, había la que ocupara Taine, cuando en su viaje por Italia subió a visitar a su amigo el cultísimo abad Todí.

El Santuario

Monte Casino, tumba gemela de los gemelos Benito y Escolástica, ha sido hasta hoy uno de los santuarios católicos más famosos. Más famosos y más concurridos. La devoción hacia los dos santos Fundadores es muy viva, sobre todo en la parte meridional de Italia. «*San Benedetto e bello com' un fiore*», nos decía una viejecita aldeana.

Luengas peregrinaciones subían a pie, después de varios días de camino desde toda la Campania y los Abruzos y comarcas limítrofes. A pie y cantando al son de campanillas y de caramillos; hombres y mujeres vestidos a la usanza del país, casi siempre bellísimamente. Malé-gue, que se deleitaba tanto ante los trajes típicos de los bretones, habría añadido, en Monte Casino, hermosas páginas a su *Petite Suite Liturgique*.

Muchos de los peregrinos ascendían por el monte descalzos, y desde la entrada del monasterio avanzaban de rodillas hasta besar la tumba de San Benito. Confesaban y comulgaban con verdadero fervor. En la segunda Pascua, especialmente, la afluencia era extraordinaria. Trece horas en un día llegué a estar sentado en el confesionario. Lo difícil, más de una vez, era —no sólo para mí, sino para los mismos monjes— desenmarañar el sentido entre tantas y tantas diferencias dialectales.

Porque en Italia las variedades lingüísticas son numerosísimas y profundas. No es infrecuente el caso de un pueblo que no entiende el hablar del pueblo vecino. ¡Cuántas veces empero encontraba palabras españolas, princi-

palmente catalanas, asimiladas en los tiempos de la dominación catalanoaragonesa: «*Trigar, cau, pastanaga*», etcétera!

Un mediodía llamó un lego a mi celda: «*Per piacere, Dom Michele! Son' venute due turpe done!*» El hermano hablaba tan bien que se las traía, y creí que me esperaban junto al confesionario dos mujeres de mala nota en vías de redención. Y, con sorpresa, no hallé a ninguna Margarita de Corlona, sino a un centenar de penitentes esperando. ¡Las dos *turpe done* eran dos *torpedoni* (autobuses) de viajeros!

No era raro el caso de peregrinos subidos al Monasterio como posesos del diablo, en busca de la bendición de San Mauro o, simplemente, de los exorcismos. De una muchacha así, para el caso de la cual fui delegado por el Abad-Obispo y que no creí todavía prudente exorcisar, me aseguraron después personas fidedignas que un padre pasionista a la que ella, analfabeta, contestara en latín, había librado del diablo después de haberla hecho vomitar, por los menos, dos kilos de clavos de hierro incandescente. Casos parecidos eran frecuentísimos en otro santuario, éste de benedictinos blancos, más hacia Nápoles, llamado Montavergine.

Los pastores y campesinos de los contornos del santuario, cuya vida religiosa pude observar detenidamente por haber ejercido entre ellos toda clase de ministerios parroquiales, eran especialmente devotos del gran Fundador, a cuyos monjes servían ora apacentando parte de sus rebaños, ora lavando ropas del monasterio, ora cultivando sus actualmente escasas tierras, ora ayudando a los legos en los menesteres de la abadía; por la cual, a su vez, eran asistidos con toda caridad, por medio de un régimen parecido al de los tiempos buenos del feudalismo.

Por la Nochebuena, muchos de aquellos pastores olientes a tomillo y a majada dejaban en el santuario, después de confesar sus pecados, un inefable ambiente pastoril, de un belenismo auténtico.

El Abad Gregorio IV Diamare

Alma de toda vitalidad religiosa y cultural de Monte Cassino, es el heroico Abad-Obispo cuyo gesto, al no querer abandonar el monasterio ante la inminencia del bombardeo, es digno de los primeros héroes del Cristianismo, y, creo poder asegurar, émulo, en el fervor y en la intención de San Ignacio de Antioquía.

Hombre robusto, alto, solemne, afable sin empalagos, prelado desde muy joven, es uno de los abades más padres que he conocido.

Corrige porque ama y sin dejar de amar. Tiene esa rara cualidad de olvidar en seguida las ofensas y creer en la bondad profunda de los que han caído en yerros momentáneos.

Su caridad no conoce límites. Nadie en Casino ignora su generosidad por más que quiera hacerla anónima. La retahíla de pobres acogidos a la sombra de su báculo abacial es interminable. Muchos viven de asiento en cobijos preparados por su buen corazón. Comida, ropas, calzado, aperos, dinero. La efusión de Diamare no sabe de confines. Me consta que en más de una ocasión no han quedado en el monasterio ni un millar de liras para el día siguiente. ¡El auxilio social secular tibio de caridad cristiana de los grandes cenobios medioevales!

El recuerdo de sus atenciones me confundirá toda la vida. No basta conocer por encima el espíritu de la Regla de San Benito que hace ver en los huéspedes a la persona misma del Señor, para que pueda pensar sin rubor en la cantidad de gentilezas de que me rodeó en todo momento. Sus monjes fueron para mí «mi hermano, mi hermana y aún mi madre». Llamaban a la puerta de mi celda: «Soy el sastre. Me manda el padre Abad a tomarle las medidas. Dice que su sotana está ya un poco raída.» «Me mandan a ver si podría usted pasar por la zapatería de Casino. Tiene un par de zapatos a su disposición.»

—*E sua mamma?*— el Abad me preguntaba siempre. Los cargos que me confió en el seminario, en la catedral y en ciertas comisiones especiales creo que fueron más

que nada una estratagema de su caridad para distraer mis preocupaciones y reanimar mi salud no siempre bien cumplida.

¡Qué bien encaja su figura procer, asistiendo a los enfermos entre las ruinas humeantes del coloso derrumbado!

«Succisa virescit»

Monte Casino ha caído. Pero no ha muerto. Ni morirá. «Los hombres — es palabra del Maestro — pueden matar el cuerpo, pero al espíritu no le pueden matar».

El monasterio milenario sabe ya de tragedias. Cuatro veces, por lo menos, ha sido destruido por las guerras. Muchas otras, mutilado por los terremotos, por los rayos. En el calendario casinense se conmemora la fiesta de los Mártires — de los monjes asesinados por las hor-

das — y el de la Reparación — la de «I Santi Fulmini», como dicen los campesinos de por ahí — en cumplimiento de un voto hecho con ocasión de un formidable temporal, en el siglo XVIII.

Pero la raíz está firme. El árbol cortado, retoñará con más vigor. «Succisa virescit». La Historia no se inmuta ante la anécdota. El cuervo domeñado de Benito y la paloma de Escolástica — el espíritu del Monasterio — no huirán, a pesar de las bombas, de la «Torretta» que santificará rescatándola a Apolo, el santo Fundador y a la que se habrá acogido de no hacerlo en alguno de los frecuentes huecos de la montaña, el heroico padre Abad Diama-re durante el bombardeo.

Ese cuervo, esa paloma revolotearán por encima de las ruinas inmortales y ayudarán a traer de nuevo al mundo aquella PAX ansiada, lema de los benedictinos.

MIGUEL MELENDRES, Pbro.
Oblato de Monte Casino

LA REGLA DE SAN BENITO

por el CARDENAL HERGENROETHER

El espíritu de San Benito fructificó grandemente después de su muerte merced a sus numerosos discípulos y a su excelente regla, con la que se había propuesto poner término a las incertidumbres y divergencias que habían imperado hasta entonces en la disciplina monástica. Antes de él habían servido de guía las reglas de los orientales, los escritos de Casiano, las biografías de los eremitas del Egipto y de Siria, las tradiciones de los antiguos fundadores y de los primeros jefes. Los nuevos Abades aceptaban aquello que les parecía más conveniente a su propósito, por lo cual la falta de uniformidad en la disciplina se hacía a veces sentir imperiosamente. Benito remedió estos inconvenientes poniendo a su congregación en estado de predicar la fe, de extirpar los restos del paganismo, de educar a la juventud, de cultivar el suelo, y de conservar y hacer progresar los buenos estudios. Obligó a sus discípulos con votos solemnes a observar su regla, que, por otra parte, se adaptaba perfectamente a las necesidades de aquellos tiempos; y aunque de un modo lento, fué al cabo generalmente recibida. En setenta y tres capítulos abrazaba esta regla las prescripciones más importantes para alcanzar la perfección evangélica y llevar en común una vida regular, al propio tiempo que en ella se mitigaba la severidad de los orientales. Esta regla acredita una muy exquisita prudencia y muy profundo conocimiento del corazón humano. Separando a sus religiosos del mundo; apartándolos de los peligros exteriores y de los cuidados temporales; sometiéndolos a la pobreza y a la obediencia, al trabajo manual, al rezo de las horas canónicas y a la meditación, San Benito aspiraba a que fuesen sus monjes modelos acabados, hombres capaces de adorar a Dios en espíritu y en verdad. El Abad, elegido por todos sus hermanos después de maduro examen, venía a ser el padre de todos ellos, más inclinado a la misericordia que a una severa justicia, a fin de encontrar él mismo misericordia, castigando con moderación cuando la necesidad lo pedía, pero siempre con prudencia y caridad, y al propio tiempo venerado de todos como representante de Jesucristo y obedecido con inviolable respeto. Humildes y perseverantes ruegos eran únicamente los que podían franquear la entrada del monasterio, considerado por el verdadero religioso, no como un lugar de tortura, sino como un asilo lleno de delicias.

Tras de un año de pruebas valerosamente soportadas,

podían hacer los votos solemnes y perpetuos. Este compromiso, consignado por escrito, imponía la residencia en el convento y la sujeción al Abad tal como la exigía la regla. Por medio del voto de residencia, al mismo tiempo que se prevenía la inestabilidad, tan peligrosa a los monjes, favorecíase el espíritu de familia y se inspiraba el afecto hacia la nueva patria voluntaria y libremente adoptada. Ni aun los sacerdotes eran recibidos sin imponerles alguna prueba, terminada la cual ocupaban el primer puesto después del Abad. Este era asistido del Prior, que él mismo designaba, y los decanos (llamados así porque cada uno presidía a diez monjes). No obstante la confianza que inspirase su discernimiento, el Abad debía en casos arduos oír a sus hermanos reunidos, decidiendo, sin embargo, el caso con absoluta libertad. Así en las horas de la noche como del día, estaba de antemano prefijado el rezo del Oficio divino; dábese tiempo al trabajo, a la oración y al descanso. Cada cual recibía una ocupación proporcionada a sus fuerzas y aptitudes, ya la agricultura, ya los trabajos de manos, ya la transcripción de libros.

El cuidado de la salud y el espíritu de mortificación reclamaban vestidos sencillos, tales como los usaban los pobres y las gentes del campo. La comida era ordinaria, y del vino se hacía uso muy moderadamente. En cuanto a los enfermos, los débiles y los ancianos, podía el Abad mitigar la regla según la necesidad. Estaba prohibido poseer nada en particular, todo pertenecía al convento; pero ponían cuidado en evitar hasta la apariencia de avaricia. Los religiosos dormían vestidos para poder acudir a la iglesia a la primera señal. Consistían los castigos en ser separado de sus hermanos, en trabajos corporales, y, por último, en la expulsión. Los expulsados que daban señales de arrepentimiento, podían ser admitidos hasta tres veces. Las prescripciones referentes a la conducta exterior tenían por fundamento la buena educación, el decoro y la urbanidad, mientras que las palabras de Jesucristo y las reglas de los Padres debían aprovechar para la perfección espiritual. Los trabajos de esta Orden han justificado las prescripciones de su fundador, a quien hay que reconocer como uno de los más grandes bienhechores de la humanidad.

(De la obra *Historia de la Iglesia*.)

DE LA REGLA DE SAN BENITO

IDEAS SOBRE EL ABAD

Capítulo II: Cuál debe ser el Abad

El abad digno de gobernar un Monasterio, debe recordar siempre el título que se le da, y llenar con obras el nombre de Superior; y así se le considera como quien hace las veces de Cristo en el Monasterio, pues se le da un tratamiento que es propio del mismo, según dice el Apóstol: *Habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos con toda confianza: Abad, esto es, Padre* (Rom. 8, 15). Por tanto, el abad nada debe enseñar, establecer o mandar, que se aparte, Dios no lo quiera, de los preceptos del Señor; sino que sus mandatos y enseñanzas deben a modo de una levadura de la divina justicia, derramarse en los corazones de sus discípulos.

Tenga siempre presente el abad que se le ha de pedir cuentas en el tremendo juicio de Dios, así de sus enseñanzas como de la obediencia de sus discípulos; y sepa que se imputará a culpa del pastor lo que el Padre de familia echare de menos en el provecho que esperaba de sus ovejas. Sólo entonces se le dará por libre, cuando habiendo puesto el mayor cuidado en el gobierno del rebaño inquieto y desobediente, y aplicado a sus enfermedades todos los remedios oportunos, justificado como pastor de las mismas en el juicio del Señor, pueda decirle con el Profeta: *No te tenido escondida la justicia en mi corazón, publíqué tu verdad y la salvación que de ti viene* (Ps. 39, 11); pero ellos desdeñándose, me despreciaron. Y por fin recaiga entonces la pena de muerte sobre las ovejas rebeldes a sus cuidados.

Aquel, pues, que recibe el nombre de Abad, debe instruir a sus discípulos de dos modos: esto es, enseñar todas las cosas buenas y santas, antes con obras que con palabras; de tal suerte que a los discípulos capaces dé a conocer los mandatos del Señor con sus palabras, y a los menos dóciles y de cortos talentos con su ejemplo. Y sobre todo, cuanto haya enseñado como perjudicial a sus discípulos, persuádalos con sus obras que lo eviten: no sea que, predicando a los demás, sea él hallado réprobo, y le diga Dios cuando pecare (Ps. 49, 16 y 17): *¿Cómo tú te metes a hablar de mis mandamientos, y tomas en tu boca mi alianza? Puesto que tú aborreces la enseñanza, y echaste al trezado mis palabras.* (Matth. 7, 3). Y *¿con qué cara te ponías a mirar la mota en el ojo de tu hermano, no reparando la viga que está dentro del tuyo?*

No haga acepción de personas en el Monasterio. No ame más a uno que a otro, sino al que hallare más adelantado en la virtud o en la obediencia. No sea preferido el noble al liberto, a no ser que haya motivo justo para ello; pero si el Abad le pareciere justo dar preferencia a alguno, hágalo indiferentemente, de cualquiera condición que sea; mas si no, guarde cada uno su grada, porque, esclavos y libres, todos en Cristo somos una misma cosa, y estamos sujetos a igual servicio, militando bajo las banderas de un mismo Señor (Eph. 6, 9), puesto que no hay en Dios acepción de personas. Tan sólo podremos distinguírnos a sus ojos, si fuéramos hallados humildes y mejores que los demás en buenas obras. Tenga por lo tanto, el Abad, igual amor a todos, y aplique a cada uno según sus méritos una misma disciplina.

Porque el Abad en el ejercicio de su cargo debe observar perpetuamente lo que el Apóstol ordena, cuando dice: *Reprende, exhorta, amenaza* (II Tim. 4, 2); esto es, que según las circunstancias mezcle el rigor con la dulzura: mostrándose unas veces como riguroso maestro y otras como cariñoso padre, de manera que debe reprender con severidad a los revoltosos e inobservantes; a los obedientes, pacíficos y sufridos exhortarlos a que sean mejores; y, por fin, a los perezosos e indolentes le advertimos que les amenace y estimule vivamente.

No disimule los pecados de los delincuentes; mas acordándose de la desgracia de Helí, sacerdote de Silo (I Sam. 2, 12 ss.), córtelos, en cuanto pueda, de raíz en sus principios. Corrija con palabras una o dos veces a los más dóciles y capaces; pero a los malos y a los de corazón duro, a los soberbios o a los desobedientes, castígueles luego que pequen, con azotes o con otras penas corporales, sabiendo que está escrito: *el necio no se enmienda con palabras* (Prov. 23, 13). Y también: *aplica a tu hijo la vara del castigo, y librarás su alma de la muerte* (Ibid. 14).

Siempre debe acordarse el Abad de lo que es y del nombre que tiene, y sepa que a quien más se le confía, más se le pide. Tenga presente cuán arduo y difícil es el empleo que ha tomado de gobernar almas y acomodarse a genios diferentes; porque tratando a unos con halagos, a otros con reprensiones y a otros por medio de la persuasión, debe de tal modo adaptarse al temperamento y capacidad de cada uno, que no sólo no padezca ningún detrimento en la grey que se le ha confiado, sino que pueda gozarse en el aumento del bien de su rebaño.

Sobre todo no descuide o estime en poco la salvación de las almas que están a su cargo, de modo que prefiera a esta obligación el cuidado de las cosas transitorias, terrenas y caducas; y jamás olvide que ha tomado a su cargo regir almas de las que ha de dar cuenta algún día. Y para que no le sirva tal vez de excusa la poca renta del Monasterio, acuérdesse que está escrito: *buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura* (Mat. 6, 33). Y en otra parte: *Nada falta a los que le temen* (Ps. 33, 10).

Y sepa que el que se ha encargado de gobernar almas, debe prevenirse para dar cuenta de ellas, teniendo por cierto que, cuantos son los hermanos que le están encomendados, de otras tantas almas ha de responder al Señor en el día del juicio, además de la suya propia. Y así, temeroso siempre del examen que como pastor ha de sufrir acerca de las ovejas que se le han confiado, con el recelo de la cuenta ajena vivirá solícito de la suya. Y procurando con sus exhortaciones que los demás se enmienden, él mismo se irá corrigiendo de sus defectos.

Capítulo LXIV: De la institución del Abad

En la institución del Abad téngase por regla constante que sea constituido aquel que por común acuerdo de toda la Comunidad, con temor de Dios, o por una parte de la misma, aunque sea pequeña, pero con más sano consejo, fuere elegido. Téngase presente en esta elección el mérito, sabiduría y doctrina del que hubiere de ser elegido, aunque sea el último de la Comunidad... El que ha sido elegido Abad considere siempre la pesada carga que ha tomado sobre sí y a quién ha de dar cuenta de su administración, y sepa que se le ha elegido no tanto para mandar, cuanto para ser útil a sus hermanos.

Debe, pues, estar instruido en la ley divina, para que sepa de dónde ha de sacar enseñanzas antiguas y nuevas. Debe también ser casto, sobrio y misericordioso, prefiriendo siempre la misericordia al rigor, para que consiga él esto mismo. Aborrezca los vicios, pero ame a sus monjes. Pórtese con prudencia en el castigo y no se exceda, temiendo que se quiebre el vaso queriendo raer el orín. No pierda jamás de vista su propia fragilidad y acuérdesse que no es lícito quebrar la caña hendida (Is. 42, 3).

Y no decimos por esto que deje crecer los vicios, sino que los corte con caridad y discreción, según viere que conviene a cada uno, como queda dicho, y procure ser

más amado que temido. No sea turbulento ni inquieto, no sea extremado ni pertinaz, no sea envidioso ni demasiado suspicaz, porque nunca tendrá sosiego. Sea pródigo y considerado en sus órdenes, tanto en las cosas divinas como en las temporales. Obre con discreción y prudencia en todo aquello que mandare, imitando la discreción del santo Patriarca Jacob, que decía: «*Si fatigare mis rebaños sacándoles de su paso, morirán todos en un día*» (Gen. 33, 13). Siguiendo, pues, este y otros ejemplos de discreción, que es la madre de las virtudes, disponga todas las cosas de modo que los fuertes deseen hacer más y los débiles no rehusen. Sobre todo observe y haga observar esta Regla en todos sus puntos, para que habiendo cumplido exactamente con su ministerio, oiga de la boca del Señor lo mismo que el siervo fiel, que distribuyó el trigo a tiempo entre sus compañeros: «*En verdad os digo que le dará la administración de todos sus bienes*» (Mat. 24, 47).

Capítulo XVIII: Del trabajo de manos

La ociosidad es enemiga del alma, y por esto a ciertas horas deben ocuparse los Monjes en el trabajo de manos, y a otras en la lectura de cosas santas. Por tanto juzgamos del caso arreglar estos dos tiempos de la manera siguiente: Desde Pascua hasta el 14 de septiembre, saliendo por la mañana, trabajarán desde la primera hora del día hasta cerca de la hora cuarta en lo que sea necesario. Desde la hora cuarta hasta cerca de la sexta se ocuparán en la lección. Después de sexta, en levantándose de la mesa, descansarán en sus camas guardando sumo silencio, y si alguno quisiere leer, lea para sí de

modo que no inquiete a otro. Dígase la Nona más temprano, esto es, a mitad de la hora octava, y volverán otra vez a trabajar hasta la hora de Vísperas.

Si la situación del lugar o la pobreza del Monasterio los obligase a recoger por sí las mieses, no se contristen, porque entonces serán verdaderamente monjes si vivieren del trabajo de sus manos, como nuestros Padres y los Apóstoles; pero hágase todo con moderación para los de poca robustez.

Desde el 14 de septiembre hasta principios de Cuaresma se ocuparán los monjes en leer hasta el fin de la segunda hora; entonces se dirá Tercia, y luego trabajarán todos en lo que se les mandare hasta la hora de Nona. En oyendo la primera señal para Nona, dejará cada cual su labor y estarán prontos para cuando se haga la segunda señal. Después de comer se ocuparán en leer o estudiar Salmos.

En los días de la Cuaresma desde por la mañana hasta el fin de la hora tercera será la lectura su única ocupación, y trabajarán después hasta el fin de la décima hora en lo que se les mandare. Al principio de la Cuaresma se dará a cada monje un libro de la Biblioteca, el cual durante estos días deberá leer cada uno por orden y enteramente.

...El domingo se ocuparán todos en la lectura, excepto los que tuviesen ocupaciones particulares. Si hubiere alguno tan flojo o perezoso que o no quiera o no pueda meditar ni leer, ocúpesele en alguna obra de manos para que no esté ocioso. A los enfermos o delicados se les señalarán ejercicios proporcionados a sus fuerzas, de modo que ni estén ociosos, ni la violencia del trabajo los oprima tanto que se vean precisados a dejarlo; cuya debilidad tendrá presente el Abad.



MUERTE DE SAN BENITO

Aclaraciones sobre el "TE DEUM"

No es la primera vez que CRISTIANDAD se ocupa de semejante tema. En el número 8, págs. 17-18, aparecía un artículo en que el autor, describiendo el origen y el porqué de los versículos del himno, esforzabase por darle todo el colorido histórico posible. El tono era noble y un acento de piedad acrecentaba su valor.

Pero, puesto que la revista es de alta divulgación y tiene un marcado interés en presentar cada tema con la mayor precisión histórica o doctrinal, creo que va a ser útil para sus lectores el proporcionarles los últimos resultados de la investigación, aunque en líneas generales, difiriendo para otra coyuntura el estudio minucioso y el aparato de erudición.

El autor del artículo aludido empieza por señalar la ocasión en que se escribió el himno, esto es, en la paz llamada constantiniana, y lo intitula «himno ambrosiano». Esta denominación es la que contiene el Breviario Romano desde la reforma llevada a cabo por Pío X en 1910. Antes aparecía en el Breviario como «himno de San Ambrosio y de San Agustín», porque se lo suponía recitado en forma alterna por ambos santos, mientras el primero bautizara al segundo. La denominación reciente del himno, en su ambigüedad expresa, manifiesta suficientemente qué concepto cabe tener de la leyenda aducida por Hincmaro de Reims en fecha no anterior al año 835. No importa, pues, añadir otras pruebas de crítica histórica y literaria para denegar, de consuno con todos los investigadores modernos, esa pieza litúrgica a ambos obispos a la vez, al de Milán y al de Hipona, o tan sólo al primero, como se intentó en otros tiempos.

La atribución hecha a cierto monje benedictino por nombre Sisebuto debe desecharse, por cuanto San Benito mismo, en el capítulo XI de su Regla monástica, establece ya la recitación del himno. El nombre de ese Sisebuto se presentó por primera vez en el siglo XI en algunos pocos manuscritos.

También el nombre de San Abundio aparece en dos manuscritos cuya redacción puede fijarse a fines del siglo XI.

Como observa Burn, ya que los nombres de Sisebuto están relacionados con Benevento y Monte Casino, cabe creer que serían dos monjes que introdujeron el himno en algún nuevo distrito monástico, o compusieron una nueva música para aquél. Por lo demás, esos dos personajes andan envueltos todavía en la mayor obscuridad.

Abón de Fleury, en una carta escrita el año 985 a unos monjes de Inglaterra, habla de ese himno como teniendo por autor a J. Hilario de Poitiers; pero, con ser ese testimonio tardío y único, hay, además, la circunstancia de que dicho santo, si es cierto que escribió himnos, que fueron recomendados por el IV Concilio Toledano (canon 13), no lo es menos que los compuso en forma métrica.

¿Qué hay que pensar de la teoría de Dom Cagin, buscando el origen del *Te Deum* en el prefacio mozárabe o *inlatio*? En teoría no puede aceptarse por algunas meras semejanzas existentes entre ambos textos, puesto que las mismas fórmulas, o muy parecidas, hállanse en escritos de la misma época o anteriores al himno y a la misma *inlatio*. Tampoco la voz de los manuscritos apoya esa causa.

Dom G. Morin, el año 1894, pudo observar como diferentes manuscritos traían el nombre de Nicetas, si bien como deformaciones que han encontrado su explicación. Tales manuscritos, hasta ahora en número de catorce, tienen una procedencia muy desemejante; pero alcanzan la mayoría los de origen irlandés referentes a otros autores y escritos eclesiásticos; tienen la enorme ventaja de representar un marcado conservadurismo, de suerte que ofrecen lecciones, variantes, textos dignos de la más alta consideración, por cuanto que, «estando Irlanda separada del continente, pudo fácilmente conservar en el siglo XI tradiciones heredadas del siglo V». Y, en el caso presente, los manuscritos de Irlanda van de acuerdo con otros de lugares muy diversos.

La teoría planteada y defendida después con mucho brío por Dom Morin — de la cual, sin embargo, se ven débiles vestigios en eruditos anteriores — encontró un eco favorable en muchos autores, el más importante de los cuales es Burn, quien nos ha dado en 1926 un estudio muy satisfactorio sobre el *Te Deum*, partiendo siempre de la fe de los manuscritos y de escritores y escritos antiguos. Con tales fundamentos ha puesto en claro que ese Nicetas no era otro que San Nicetas de Remesiana, que vivió en la segunda mitad del siglo IV (1). Remesiana corresponde a Bela Palanka, en Yugoslavia, al sudeste de Nish.

San Nicetas fué contemporáneo de San Ambrosio y muy amigo de San Paulino de Nola, de ese santo que el pueblo cristiano de Barcelona indujo a hacer ordenar de sacerdote la noche de Navidad (2). No se trata de un desconocido. La erudición moderna ha podido recoger un conjunto de datos preciosos que nos ilustran bastante sobre la actividad del Santo de Remesiana. Citemos unos pocos testimonios de la antigüedad.

San Paulino le dió siempre hospedaje en sus viajes a Italia; de él habla repetidas veces en sus obras; y en el poema XVIII lo presenta como un hombre venerable y santo, y alude a su actividad religiosa entre los bárbaros de Dacia hasta Escitia.

Casiodoro lo cita después de San Hilario, San Agustín y San Ambrosio, diciendo que «lleno de la claridad de su celestial doctrina, conduce a la contemplación divina»; y señala su brevedad en la manera de escribir.

Genadis, que lo menciona entre Severiano, obispo de Gábala, y Olimpio, obispo de Barcelona, pone de relieve su «palabra sencilla y clara».

En verdad San Nicetas fué un apóstol infatigable en la Dacia entonces bárbara. Su enseñanza, en vez de emprender raudos vuelos, se limita a una catequesis al alcance de sus ovejas tan poco cultivadas. Colocado en un lugar donde confluyen dos culturas poderosas a cual más, la occidental y la oriental, en Sliria, esfuézanse ante todo por señalar la unidad de las tres Personas divinas. En él se manifiesta la influencia de las doctrinas occidentales; y su teología es muy semejante a las fórmulas establecidas en Roma el año 38 en el sínodo llamado damasiano. Si su contribución a la elaboración del dogma de la Santísima Trinidad es muy apreciable, merece subrayarse aún más cuanto escribió sobre el Espíritu Santo.

Con la catequesis clara, sencilla y ortodoxa unió la práctica de la liturgia en gran escala. También en ese ramo ha dejado una estimable herencia escrita. Escritor en prosa, así como de himnos, de éstos hasta ahora sólo conocemos el *Te Deum*, que tantas semejanzas de doctrina y de expresión tiene con los otros escritos conocidos suyos, lo cual fundamenta no poco la atribución del himno a él, aceptada ya por la mayoría de los estudiosos.

En suma, ¿en qué se funda tal atribución? En el número e importancia de los manuscritos; en el testimonio de escritores antiguos, algunos contemporáneos o amigos de San Nicetas, presentándole como himnógrafo; y en las muchas semejanzas de doctrina a la par que de estilo. Los otros autores u orígenes, o han sido desechados de un modo cierto por la crítica, o se apoyan en la misma fragilidad.

San Nicetas, buen conocedor de los autores cristianos, así griegos como latinos, siempre escribe en la lengua del Lacio, y sólo una vez trae a colación unas palabras bíblicas en griego. Más que original, es un fiel y entusiasta propagador de la fe. Como en sus otros escritos, también en el *Te Deum* aparece cuando menos como un inspirado seleccionador de frases o fórmulas, sujetándolas a una idea fundamental y adaptándolas a un ritmo o *cursum*.

(1) En el año 330 parece haber nacido ya; y se sabe que aún vivía en 414.

(2) Los autores varían esa fiesta en que tuvo lugar la ordenación; lo mismo señalan el año 392, como el 393 o el 394.

Tal como rezamos hoy en día el himno en el Breviario, no es cual lo escribió San Nicetas. Veintinueve son los versículos presentes, cuando el himno primitivo constaba de veintiuno. Los restantes están constituidos por dos capitulas y por antifonas en forma deprecativa, todo ello entresacado de la Biblia. Como que esos versículos añadidos difieren algo en los manuscritos, Burn ha distinguido cuatro versiones: la ordinaria, la irlandesa, la milanesa y la española. Desde que el autor inglés escribía así, hanse descubierto nuevos manuscritos que tal vez podrán arrojar un poco más de luz sobre la parte no primitiva del *Te Deum*, mientras se espera una edición del himno completo lo más crítica posible, basada en la multitud de manuscritos hallados ya, a cargo del erudito inglés Frost.

Un estudio atento del himno nos da una idea del orden con que fué concebido, de las bellas expresiones como ha sido formulado y de una efusión que corresponde, no ya al alma sola de San Nicetas, sino al sentimiento universal de piedad de los cristianos, mejor dicho, de la misma Iglesia. Porque lo cierto es que participa de aquella objetividad, divina y humana a la vez, con que se nos presenta la liturgia romana, esa liturgia que tiende toda «a rogar a Dios y darle gracias, por todo cuanto ha hecho respecto de nuestra creación, redención y santificación»; y es al mismo tiempo una poderosa y continua llamada a las obras, al esfuerzo, hacia la paciencia. Allí no hay superfluidades de imaginación, ni incitamentos a la sensibilidad, ni la vana preocupación de hacer literatura. No puede concebirse nada más notable.

En las diversas divisiones propuestas para el *Te Deum*, parecemos la más razonable la que con fundamento ha ideado Burn. Tres grupos de versículos hay que establecer, correspondiendo a tres estrofas. En la primera (vv. 1-6), se nos evoca el himno de alabanza que continuamente se eleva hacia Dios Padre de parte de todos los seres, visibles e invisibles. En la segunda el autor señala la alabanza de la Iglesia sobre la tierra, alabanza que le viene de los Apóstoles, profetas, mártires y, siempre y por doquier, de la Iglesia. Aquí hay que prestar atención al hecho de aunar los Apóstoles con la Iglesia, que en la mente de San Nicetas no era otra que la romana. En la tercera estrofa el autor nos muestra una reunión de cristianos que, agradecidos, adoran al Salvador por quien ha sido dada a conocer la revelación, y le ruegan por los misterios de su Encarnación, Pasión, Resurrección y Ascensión que puedan alcanzar gracia ahora y para la gloria venidera.

El P. Semeria, con cierto tinte lírico propio de la máxima porción de la raza latina, ha distinguido con semejantes expresiones las tres estrofas: I, sinfonía del universo al Creador; II, confesión de la Iglesia a la Trinidad; III, grito de la humanidad redimida a Cristo Jesús.

A continuación se da una traducción del *Te Deum*, con las divisiones que pueden notarse en el himno según la mente de San Nicetas y según la evolución que sufrió cuando el bello himno adquirió carta de naturaleza en la Santa Iglesia, «por toda la tierra» (*per orbem terrarum*).

ESTROFA I

1. A Ti como a Dios te alabamos; a Ti por Señor te confesamos.
2. A Ti, Padre eterno, toda la tierra te venera;
3. A Ti todos los Angeles, a Ti los cielos y todas las Potestades,
4. A Ti los Querubines y Serafines con incesante voz te aclaman:

5. Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos.
6. Llenos están cielos y tierra de la majestad de tu gloria.

ESTROFA II

7. A Ti el glorioso coro de los Apóstoles,
8. A Ti la loable porción de los Profetas,
9. A Ti te alaba el ejército de brillante albura de los Mártires,
10. A Ti por toda la redondez de la tierra te confiesa la santa Iglesia:
11. Padre de inmensa Majestad,
12. Adorable tu verdadero y único Hijo.
13. y también el Espíritu Santo consolador.

ESTROFA III

- 14-15. Tu, Cristo, eres el Rey de la gloria, Tú el Hijo eterno del Padre.
16. Tú, al tomar carne para libertar al hombre, no tuviste horror al seno de una Virgen.
17. Tú, sojuzgado el aguijón de la muerte, abriste a los creyentes el reino de los cielos.
- 18-19. Tú, sentado a la diestra de Dios, en la gloria del Padre créese que vendrás como juez.
- 20 a) *Te suplicamos, pues, socorras a tus siervos,*
- 20 b) *que redimiste con tu preciosa sangre.*
21. Haz que sean premiados con tus santos en la gloria.

CAPITULA (Ps. XXVIII, 9)

22. Salva a tu pueblo, Señor, y bendice a tu heredad;
23. gobiérnalos y condúcelos hasta la eternidad.

CAPITULA DEL «GLORIA IN EXCELSIS»
(Ps. CXLV, 2)

24. Cada día te bendecimos,
25. y alabamos tu nombre siempre, y por los siglos de los siglos.

SÚPLICAS

26. Dígnate, Señor, conservarnos sin pecado en este día.
27. Ten misericordia de nosotros, Señor, ten misericordia de nosotros.
28. Cúmplase, Señor, tu misericordia sobre nosotros, según hemos esperado en Ti.
29. En Ti, Señor, he esperado; no sea yo confundido eternamente.

* * *

La traducción que antecede, no pretende haber alcanzado, ni mucho menos, la perfección deseable. Hay matices en el original intraducibles para mí. Además, hay que recurrir alguna vez a perífrasis que disuelven la fuerza sintetizada en la expresión primitiva. En las poquísimas traducciones castellanas que he podido examinar, he encontrado una que contenía aciertos y bellezas, lo cual he procurado traspasar a mi trabajo de interpretación. Con todo, parece que el texto latino, sin estar salpicado de minuciosidades estilísticas, es difícil de trasladar a otra lengua sin atentar algo a su belleza augusta y venerable.

Fr. Nolasco de El Molar
O. F. M. Cap.

COMENTARIO INTERNACIONAL

La grave situación de Francia

IV

La política de "ralliement"

En los artículos anteriores hemos procurado destacar en su verdadera naturaleza, la servidumbre a que estuvo sometida casi desde su inicio la tercera República francesa, durante los años del pasado siglo; servidumbre que, en mayor o menor proporción, fué soportando hasta la derrota de 1940, año que puede señalarse como fecha final de aquel régimen.

Tan vergonzante sujeción impidió que la nación lograra el imprescindible afianzamiento, ya en su organización interna, ya en sus relaciones internacionales, pues los poderes extraños que influenciaron su desenvolvimiento, no solamente hicieron imposible la formación de una atmósfera de perfecta unidad entre sus ciudadanos, sino que carcomieron los cimientos en los que se apoyaba toda la máquina del Estado.

Indispensable ha sido, por consiguiente, para comprender el estado a que ha llegado Francia, poner de relieve el mal de origen que ha minado la aparente sólida estructura del país, y así hemos señalado las nefastas influencias del protestantismo, del judaísmo y de la masonería en el gobierno de la nación. La masonería, principalmente, fué el órgano propulsor de la política persecutoria contra la Iglesia, y creó, además, un tal ambiente de corrupción, que los «casos» escandalosos se fueron sucediendo con relativa frecuencia, llegando algunos de ellos a adquirir resonancias universales.

A raíz del célebre discurso pronunciado en Argel por el Cardenal Lavigerie, pudo parecer, y de hecho hubo algunos síntomas, que iba a inaugurarse un período de paz; personajes destacados del gobierno hicieron veladas protestas de tolerancia y de respeto a las conciencias, pero no se pasó de las palabras. Muy pronto volvieron al ataque los fautores de todo género de injurias y de iniquidades, para los cuales la política se resumía en una suprema finalidad: odio y persecución contra la Religión, contra sus ministros y contra sus fieles.

La invitación de Su Santidad el Papa León XIII a los católicos franceses, casi a los dos años del brindis de Argel, para que colaborasen con el nuevo régimen, no surtió el efecto que se esperaba. Por parte de los políticos izquierdistas que pretendían justificar la política anticlerical en el apartamiento de las fuerzas católicas de la legalidad republicana, no hubo desde entonces excusa posible; era sin embargo lo mismo. Las logias no dejaron por eso de conspirar contra la Iglesia y de incitar a sus adeptos a continuar la lucha entablada.

No vamos a extendernos sobre la política de *ralliement*. En el primer número que CRISTIANDAD dedicó a la figura del gran Pontífice León XIII, se trató ampliamente esta cuestión, reproduciéndose incluso algunos documentos del máximo interés para el estudio de este período; allí encontrarán nuestros lectores los datos indispensables. Sólo hemos de constatar, para la más clara exposición de nuestro trabajo, que como fruto de las nuevas orientaciones fundóse un «Comité central de la Derecha Republicana», presidido por el príncipe de Arenberg, y que Pion y el conde de Mun fueron los dirigentes destacados de los grupos de la derecha constitucional.

Malestar político y social

En 1887 el Presidente de la República, Grévy, tuvo que presentar su dimisión a consecuencia del primer escándalo a que hubo de hacer frente el régimen. Sucedió dicho escándalo, conocido con el nombre de su promotor

Wilson, en plena efervescencia del movimiento acaudillado por Boulanger. Este movimiento, de claras tendencias *revanchistas*, hubiera podido tener consecuencias decisivas para el porvenir de la República, pero su jefe fué incapaz de tomar decisiones heroicas, y el gobierno no tardó en procesarle. Boulanger huyó a Bélgica, muriendo dos años después en el destierro.

A Grévy le sucedió Sadi Carnot, nieto del tristemente célebre revolucionario. Durante su presidencia, destacados núcleos de elementos católicos integrados en la legalidad del régimen, constituyeron una importante minoría dentro del Parlamento.

Perier, que formó gobierno a finales de 1893, terminó el famoso escándalo de «Panamá», trató en su declaración ministerial de la reconciliación del Estado con la Iglesia, pero la masonería vigilaba atentamente esperando el instante más propicio para desencadenar otra persecución más descarada que las anteriores.

Los años 1892-1894 se señalaron por los repetidos atentados cometidos por los anarquistas en diversos puntos del país. Sadi Carnot fué una de sus víctimas cuando visitando la ciudad de Lyon cayó mortalmente herido por el puñal de Caserio. El Presidente fué asistido al morir por los auxilios de la Religión.

El atentado conmovió profundamente a todo el país, pero al proponer el Gobierno, al Parlamento, severas medidas para terminar con el terrorismo — Perier había sido elevado ya al Elíseo —, las izquierdas hicieron dura oposición a aquellos proyectos. La masonería redobló sus esfuerzos para impedir que la política anunciada por Perier restableciese la paz religiosa en Francia. Un gran auxilio iba a llegarle con la condena de Dreyfus.

También los socialistas coadyuvaron a la acción, provocando, por su parte, disturbios y movimientos huelguísticos. Sus próceres más destacados eran, entonces, Millebrand y el joven Aristides Briand, que empezaba a revelarse como un gran demagogo en el mundo de la política. Con sus peroratas y excitaciones trataban dichos elementos de provocar un cambio radical en la marcha de la nación. Más tarde ambos revolucionarios habían de convertirse en personajes pseudo-conservadores.

La sentencia condenatoria contra el capitán Dreyfus, parece ser que provocó, o por lo menos influyó decididamente, en la dimisión de Perier, quien poco después era substituído en el sillón presidencial por Félix Faure.

Los ministerios se sucedieron, entonces, con relativa rapidez: Ribot, Bourgeois (con el fatídico Combes en Instrucción Pública), Méline...

En 1898 se celebran elecciones generales que dan el triunfo a los socialistas y radicales; muerto Faure poco tiempo después, sube a la Presidencia de la República, Loubet.

El anticlericalismo de un Gambetta y de un Paul Bert, va a encontrar nuevos seguidores, que tal vez en algunos aspectos sobrepasarán a sus maestros.

Waldeck-Rousseau y Combes

Waldeck-Rousseau forma gobierno en 1899. Entramos en el período durante el cual la agitación provocada artificialmente por la condena de Dreyfus, alcanzará su pleno desarrollo. Dos bandos están en lucha, pero el sector izquierdista cuenta con los resortes gubernamentales y se llevará la victoria a costa de un fatídico espectáculo que llenará de bochorno a Francia, hacia la cual dirige en aquellos momentos sus miradas el mundo entero.

El gabinete de Waldeck-Rousseau inicia su campaña anti-religiosa tratando de escudarse con excusas legalistas, bajo el pretexto de un estricto cumplimiento del

Concordato. Era la técnica que recomendaba Paul Bert: empezar atacando a la Iglesia so pretexto de cumplir con la máxima fidelidad los compromisos contraídos con la misma.

Este fué el significado de la Ley de 1 de junio de 1901.

Las Congregaciones religiosas quedaban obligadas a solicitar la autorización del Gobierno para poder desarrollarse e incluso para subsistir. Así empezaba la nueva persecución.

Las izquierdas logran en las elecciones de 1902 un nuevo triunfo, en el que participan Jaurés y Briand. La lucha va a continuar, ahora ya sin atenuantes.

Combes sucede a Waldeck-Rousseau en la jefatura del gabinete gubernamental. El nuevo presidente contaba setenta años, pero dirigió la batalla contra la Iglesia con verdadero furor. ¡Cuánta desgracia para Francia!

Pero, ¿cuál era la posición de la clase media, tantas veces elogiada por muchos comentaristas como suprema esperanza del porvenir del vecino país, frente a la política de Combes? ¿Cómo reaccionó ante la terrible persecución? Un destacado historiador al referirse a este período escribe que *las clases medias, «al ver que no tocaban su dinero, fueron tranquilizándose»*. He ahí condensadas todas las aspiraciones de los elementos «conservadores» en aquellos días. Combes pudo continuar con su labor persecutoria con sólo respetar los intereses de las clases adineradas y de los pequeños burgueses. El materialismo se manifestó entonces con toda su crudeza.

La aplicación a rajatabla de la Ley sobre las Congregaciones, denegando todas las autorizaciones solicitadas, afectó a más de veinte mil religiosos.

Ordenóse el cierre de ciento veinticinco escuelas de niñas dirigidas por religiosas. Poco después se hacía lo propio con otras tres mil.

La Iglesia, por medio de la voz del Cardenal Richard,

hizo sentir su protesta contra tales atropellos. Todo fué en vano.

La cadena iba aumentando su eslabones hasta alcanzar la meta fundamental a que aspiraban los sectarios: romper las relaciones con el Pontífice.

El día 7 de julio de 1904, quedaba formalmente prohibida la enseñanza religiosa. Iba a comenzar la parte decisiva de la persecución.

El Gobierno organizó la visita del Presidente de la República al rey de Italia Víctor Manuel III. Su Santidad protestó contra el hecho ante los embajadores de las potencias católicas. Jaurés denunció la protesta desde *L'Humanité*, y éste fué e pretexto de Combes para romper con el Vaticano.

El ministro de la Guerra, André, se dedicaba, mientras tanto, a perseguir a los oficiales católicos, de acuerdo con unas fichas confeccionadas por la masonería; conocida la existencia de dichas fichas gracias a un masón que vendió el secreto, estalló un grave escándalo en la Cámara que obligó a Combes a presentar la dimisión.

Le substituyó Rovier. Briand llevó adelante el proyecto de ley separando la Iglesia del Estado, que fué aprobado por 341 votos contra 233. La Ley se promulgó el 2 de diciembre de 1905.

El 16 de enero del siguiente año es nombrado Presidente de la República, Armando Fallières, que ratifica la confianza a Rovier. Los Ministerios duran tan sólo breves intervalos. El mes de marzo forma Gabinete Sarrien, a éste le sucede Clemenceau, y después van siguiendo: Briand, dos veces, Monis, Caillaux, Poincaré, nuevamente Briand, Barthou, Doumergue, Ribot, y por último, Viviani. Este ha de decretar la movilización contra Alemania. La guerra europea iba a comenzar.

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL

INTERESANTE ALOCUCIÓN DEL EXCMO. Y RDMO. SR. OBISPO DE BARCELONA

Con motivo de la reciente festividad de Nuestra Señora de la Merced, Patrona de Barcelona, el Excmo. y Rdmø. Sr. Obispo de esta Diócesis, doctor Gregorio Modrego, dirigió una alocución sobre la devoción a la Santísima Virgen, en la que expresó sus deseos de que el culto público a la Virgen de la Merced se intensifique en la medida necesaria para que sea digno de la ciudad de Barcelona.

En la segunda parte de dicha alocución, el Excmo. y Rdmø. Sr. Obispo hacía hincapié, de un modo especial, en la perennidad y actualidad de la devoción a la Virgen Santísima en su advocación de la Merced, y decía:

«La devoción a la Virgen de la Merced es siempre de palpante actualidad y de gran eficacia para la práctica más perfecta de la caridad, para el cumplimiento exacto del Mandamiento de Nuestro Señor Jesucristo: «Amaos los unos a los otros como Yo os he amado».

«Si alguien, pues, os susurra al oído que ya no hay cristianos cautivos, para cuyo rescate surgió el espíritu mercedario concretado en la devoción a la Santísima Virgen bajo la advocación de la Merced, y encarnado en una insigne Orden religiosa, decidles que mientras haya cautivos o esclavos de la miseria y del hambre por su extremada pobreza o por el paro forzoso y los jornales insuficientes; mientras haya presos de la enfermedad, sin lecho ni medios con que atender a su salud y sin poder lograrlo en un hospital; mientras haya quienes no tienen habitación para vivir con decoro humano; mientras haya tantos que al querer ser libres con la libertad que Luzbel reclamó en su rebeldía contra Dios, *non serviam*, «no serviré», quedan hechos esclavos del pecado, *quæ facit peccatum servus est peccati*, siempre tendrá razón de ser el espíritu mercedario, que es esencialmente de redención inspirada por el amor al prójimo.

«Empapaos, pues, bien de ese espíritu; tened devoción fervorosa y práctica a la Virgen de la Merced, vuestra Patrona, y cosecharéis frutos copiosos de verdadera libertad y redención.»

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Monseñor Ottokar Prohászka, Obispo de Székesfehérvár (Hungria). «Cartas Sociales». Prólogo del Dr. Sancho Nebot.

Monseñor Ottokar Prohászka, luminosa figura de Hungría, orador insigne, brillante ensayista, poeta, viajero de espíritu chispeante, filósofo de la cultura, sociólogo, predicador de magnas solemnidades, comienza a ser vertido al idioma español, traducido por la brillante pluma del tan conocido Dr. Sancho Nebot, canónigo de Palma de Mallorca. Se inicia a la publicación con sus *Cartas Sociales*.

Con clara mirada ha visto el obispo Prohászka las profundas convulsiones que está sufriendo la humanidad moderna, e, inspirándose en las orientaciones pontificias, ha procurado con todas sus veras atacar el mal en sus raíces. Urgía una labor social que destruyera el espíritu difuso que inficionaba las masas y que estuviera inspirada de lleno en la caridad cristiana; que tuviese por modelo el buen Samaritano del Evangelio, para quien el desgraciado nunca puede ser un extranjero.

El ideal social del obispo de Székesfehérvár se revela con una belleza sin igual en sus *Cartas Sociales* y se expone con un calor irresistible que cautiva y conquista. No son pías instrucciones o secos avisos los que ofrece en estas páginas, sino que nos abre un corazón de apóstol para comunicarnos las vibraciones de un espíritu social amplio y comprensible.

Y merece atención especial en *Cartas Sociales* la magnífica armonía entre un encendido patriotismo y el aprecio profundo del gran bien de la paz. Estas páginas, escritas hace treinta años, adquieren una palpante actualidad y pueden servir de oportuno comentario a la voz de nuestro Pontífice, que, con insistencia, pide hoy oraciones por la paz.

CON CENSURA ECLESIASTICA

Cuevas de Artá-Mallorca



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas Cuevas de Artá

I. M. S. A.

Ayudad a "CRISTIANDAD"

**INDUSTRIAL
ANONIMA**

G.V.C.

BARCELONA

T E J I D O S D E L A N A

Barata Hnos., Sucesor

Oficinas: Pl. Maragall, 2 - Teléf. 2322 - TARRASA

TALLERES GRÁFICOS



**CALLE CASPE, 41
TELÉFONO 15487
BARCELONA**

NIETO

Sucesor de F. CALAFELL

**FABRICACIÓN DE LIBROS RAYADOS,
ENCUADERNACIONES, IMPRESOS COMERCIALES,
OBJETOS DE ESCRITORIO, PAPELERÍA**

YUSTE, IMPRESOR. - BARCELONA